



Otros cuentos

♪ Cierro los ojos, me voy

Moisés Zurita Zafra

Molino de Letras

**Otros cuentos y
Cierro los ojos, me voy**

**Otros cuentos y
Cierro los ojos, me voy**

Moisés Zurita Zafra

Otros cuentos y Cierro los ojos, me voy

ISBN: 978-607-9304-23-2

© Moisés Zurita | Diciembre, 2022

Editoras:

Selene Isolda Dosamantes Carrasco

Itzayana Amairani Brindis Fernández

Diseño de interiores:

Patricia Castillejos Peral

Impreso en México

Printed and made in Mexico

Para Aura

*Apriétame un testículo si un día
descubres que te miento
Destruílo/ hazlo papilla con tu pie
Vuélvelo invisible en el piso carcomido de la calle
y vete
déjame en el dolor
olvidame
corre va a buscar el tierno árbol de la inocencia
la bestia que se ahorca en la frutal rama del olmo*

Rolando Rosas Galicia

Otros cuentos

Mis dedos te extrañan

—**Y**a te cargó la chingada... —dijo una voz y dos sujetos de mediana edad me agarraron de los brazos, un auto *tzuru* taxi se orilló y me subieron a la parte de atrás.

Se había puesto difícil en todos lados, los delincuentes se habían llevado de mi casa en dos ocasiones mis equipos: computadoras, lap tops, cámaras digitales, tablets, discos duros, memorias, monitores, reproductores y hasta carretes de audio y cine de otro tiempo.

A mis vecinos empezaron por quitarles sus llantas, luego se llevaron sus autos y finalmente entraron a sus casas “a mano armada” o secuestraban a los familiares.

En el puente de San Felipe aparecieron una mañana los descabezados, inicio de ejecuciones a toda hora en la vía pública, por Hidalgo o Juárez, Netzahualcóyotl o Allende.

Varios maestros de la universidad habían sido extorsionados y entregaban una catorcena al mes; los “cobradores” los esperaban afuera de la escuela y ellos “donaban” puntualmente su cuota para estar “seguros”.

Primero los antros empezaron a pagar derecho de piso, sólo llegaban un par de sujetos a pedir la cuota. Al principio algunos se resistieron, y como en las películas de gánster en el primer tercio del siglo XX llegaban a tapizar de plomo los locales. Después pagaron las zapaterías, las tiendas de electrodomésticos, las tienditas y panaderías: nadie estaba fuera de la lista.

Me agacharon y me pusieron una chamarra encima, el *tzuru* dio algunas vueltas, traté de hacer una imagen mental del recorrido, pero en algún momento la perdí, lo cierto es que podía estar en Atenco, Chiconcuac, Tepetlaoxtoc, Chicoloapan o Chimalhuacán; aunque era muy posible que el auto hubiera regresado a Texcoco y estuviera a dos calles de deportivo Gustavo Baz.

Pensé que esto pasaría, pero el coraje y la indignación pueden más que el miedo, ya se habían llevado algunos autos dentro de la escuela, aparte de los asaltos al banco y el robo de la nómina.

Algunos maestros habían sido secuestrados, pero eran funcionarios y no sólo aquí, también en Zacatecas y en Durango donde uno de ellos no regresó jamás.

El mes pasado me estaban esperando afuera de la escuela, sólo me dijeron: maestro, te toca poner tu cheque, por el bien de tu familia no digas nada, vamos a venir cada mes.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, la ira y el rencor cuando se llevaban mi sueldo.

¡Qué poca madre!, dije cuando ya se habían ido, por varios días estuve pensando qué hacer, irme a Zacatecas era una opción o a Huatusco, pero uno tiene su vida hecha en esta tierra.

Por eso fui a la procuraduría, en la Trinidad, los judiciales siempre me han parecido unos tipos de miedo, más que

los uniformados, me dan la impresión de no ser buenas personas, pero no hay mucho qué hacer, ni a dónde más acudir.

Me pareció una atención muy amable: maestro para acá, maestro para allá, hemos oído de su trabajo, qué importante es, no se preocupe, lo vamos a arreglar todo; decía el comandante, un hombre regordete de bigote desordenado, su voz tenía un acento costeño deslavado por los años.

Como en las mejores series policiacas me explicaron que se montaría un operativo para detener a los infames delincuentes, me pondrían micrófonos, enlazarían mi chip del *blackberry* a su señal, mi *tablet* tendría un dispositivo de localización adicional. Funciona aún apagado —dijeron, con la confianza que se puede tener en la tecnología.

Me mostraron su operación y vi en los monitores como se movía todo, se veía a las personas y los equipos en infrarrojos dentro del edificio desde una señal satelital.

Todo era tan elaborado que me fui con la convicción de que funcionaría. Y me dije: siempre pienso mal de los judiciales, pero se ve que le echan ganas.

El día de la catorcena, micrófono en pecho y demás gadgets, fui a recoger mi cheque, de lo más feliz y tranquilo, como mis primeros días de maestro, cuando no había hecho nada y ni sabía dar las clases, pero todo me hacía sentir bien.

Salí con mi cheque como diciendo: a ver, ¡hijos de la chingada!, vengan por mí, putos, aquí los voy a esperar a ver de a cómo nos toca.

Pero nada.

Pasaron dos, tres días y nada, de los extorsionadores ni sus luces, pensé en la eficiencia de los judiciales; en los noticieros aparecieron capturados grupos de secuestradores y extorsionadores, creí ver a uno de los que se llevaron mi cheque entre ellos.

Los policías se llevaron sus *gadgets* y me dijeron: asunto arreglado, maestro, cualquier cosa no dude en llamarnos.

Cierta zozobra me invadió, pero no había nada qué hacer.

Ahora iba en el *tzuru* agachado y temblando, el auto recorrió quizá veinticinco minutos, me pusieron una capucha en la cabeza para bajar, subí un escalón, recorrí el interior de una casa, salimos por una puerta que podía ser la de servicio y entramos a otro cuarto.

Qué pendejo eres, dijeron y empezaron a golpearme con puños y pies. Me fui doblando y caí, traté de cubrir mi cabeza y me hice bolita en el piso pero ya sangraba por la nariz y la boca. Me pateaban la espalda y los riñones.

A veces recuerdo cosas sin sentido... un viaje de estudio al istmo; la tarde, la noche, caminando de regreso de una parcela, debo estar en primer año de la carrera... estoy sentado a orillas de un arroyo, me quito los zapatos para cruzar, el viento suave y fresco pasa de largo y el sonido del agua que recorre las piedras del arroyo suena en mis oídos.

El agua cae desde una cubeta sobre mí, despierto en medio del espanto, del dolor: ahora sí, putito, búscanos en la señal satelital, jajaja. Sí, búscanos en tu compu, pendejo.

Me amarraron a una silla de madera, la capucha que parecía más como una funda de franela estaba mojada y tiesa por la sangre.

¿Qué he hecho? —pensé— ¿por qué me agarran a mí?

—Ya sabemos que ganas un chingo, cabroncito de mierda; ¡ay si, mis pinches libros son la onda! güevos, puto, a

ver si nos pones en tus historias y para que tengas más palabras te vamos a dar los menús completos.

—Me cagan los disque intelectuales, que según van a la escuela y se creen la gran caca, o si escriben unas hojas ya se sienten que apestan fino.

—Todos saben que eres una farsa, ahí tienes a Natasha, diciendo como les vendes tus libros a tus estudiantes, a güevo, puto, muy a güevo.

—O al buen Anayaro que ha seguido todas tus mañas, le carranceas re-sabroso, hasta ha publicado las facturas de tus negocitos... estás cabrón... estás cabrón.

Se reían a carcajadas, una tercera voz se movía más lejos, acomodaban como herramientas, se oía como pegaban unas con otras, con suavidad, con delicadeza, pero de poco en poco chocaban entre sí.

Cuando desataron mi mano izquierda la contraje instintivamente y con fuerza hacia a mi pecho, un golpe en el rostro me hizo aflojar el cuerpo, tenía los dientes apretados, lo ojos cerrados debajo de la capucha; estiraron mi brazo y lo sujetaron con unas correas a la mesa, quedó extendido, apretaba el puño pero un choque eléctrico lo abrió.

Pasaron una gruesa correa en la palma de mi mano y quedaron así, mis dedos extendidos. Un dolor punzante, agudo y metálico empezó a penetrar por la uña de mi dedo índice: era como una aguja caliente, intensa.

Un grito desgarrador salió de mi boca.

—¡Qué putas!, ¿no le cerraste el hocico?, dijo una voz.

—No, cabrón...

Me levantaron la capucha y me pusieron cinta canela en la boca, le dieron cuatro o cinco vueltas a mi cabeza, sólo se oía despegarse la cinta de su rollo.

El dolor llegó otra vez a mis dedos, un dolor intenso que se iba de pronto... un dolor que hace que todo se ponga negro en medio de la oscuridad.

Yo estaba en la escuela, un día de tantos, iba caminando por la calzada, a mis dieciocho o veinte años; tenía algunos sueños, deseos de ser, terminar mis estudios, ir a Oaxaca o Chiapas, tener un empleo con proyectos ambientales o dando clases en una prepa.

Martha iba conmigo, fuimos juntos a la secun, me gustaba tanto, le llevaba cositas a su casa, flores a veces, dulces y chocolates y le decía cosas sin sentido; pero nunca le dije: me gustas, quiero saber si quieres andar conmigo.

De pronto iban Arres y el Cocodrilo, de la banda mone-ra. La Chita y el Mandrilo y empezaron a meterle mano en la calzada, a media mañana, Martha me veía y algo quería decirme, yo quería levantar mi mano para jalarla, la estiraba y la estiraba pero no podía alcanzarla.

Mi mano estaba caliente y grande muy grande.

Empecé a retorcerme en la silla, gimiendo de dolor, sentía la viscosidad de mi propia sangre en mis dedos.

El silencio llegó de la nada.

Mi mano ardía, en medio de la oscuridad de mis ojos cerrados pude ver un haz de luz, mi mano era blanca y mis dedos dejaban salir un destello de mi cuerpo, se iba apagando lentamente.

El agua cae, una cubeta, dos, el cielo se rompe y me siento desvalido. Soy un pequeñito a mitad de la plaza, perdido, llorando el suelo que se mueve cuando la tierra tiembla.

El agua cae encima de mí, el frío me hace temblar y un murmullo se acerca...

—¿Y esta mierda?, ¿por qué no la han echado a la cloaca?

—No aguanta nada, se le va el pulso.

—Ya está apestando la caca, muévanla.

—Sí, mi comandante.

Entre sueños escucho las voces, inconfundible ese acento costeño que se oculta tras los años o una falsa apariencia. Parece que no sabías, me digo y me duelo de mí mismo; mejor dile a los asesinos: putos de mierda, disparen.

—Mmmmm, mmmm, mmm —gimo bajo la capucha, bajo la cinta canela que muerde mis mejillas, que las sangra un poco.

—Este puto quiere hablar.

—Dale más sopa, luego que escupa.

Unos ruidos metálicos en la mesa me hicieron estremecer, sentí como me prensaban una uña y la levantaban con fuerza pero muy lentamente.

Una descarga eléctrica entró por mi índice, como un rayo cruzó mi brazo y me hizo convulsionar.

Voy en un tren, afuera se siente el calor; ¿por qué estoy aquí?, me pregunto; el tren cruza el desierto de Sonora o eso creo, llevo una mochila de colores y sueños, quiero ir al norte, allá está mi padre, desde hace muchos años que no recuerdo.

Cierro los ojos y lo veo, su sombrero es café, toca su acordeón en la puerta: *te vas ángel mío* parece deslizarse por el campo, a lo lejos, en medio de la tarde y la tibieza del día que se va.

Las ruedas metálicas del tren golpean las uniones de las vías y un ruido toca mis oídos incansablemente: ta'ta, ta'ta, ta'ta.

La soledad se extiende en este desierto de mi corazón, las ventanas desvencijadas de *la burra*, como llaman al tren de tercera que va a Mexicali, no se abren.

Aquí vamos los migrantes de Guerrero y los oaxaquitas, y los de más allá de Dios sabe dónde; pero adentro amontonados como costales, como recuerdos olvidados de una tierra que no nos quiere, que nos desprecia y se resiste a darnos un grano de maíz, van nuestros sueños que siempre terminan en pesadilla.

Hace años que no veo a mi padre, me acomodo en el asiento y trato de estirarme pero no puedo, trato de levantar mi brazo izquierdo pero duerme, hormiguea y no se mueve. Sudo copiosamente, busco mi brazo y no lo encuentro, levanto un muñón de diez centímetros pegado a mi hombro: así se ve la nada... todo se detiene... mis ojos parecen salir de sus oquedades... mi cuerpo se contrae... me oprime la angustia.

Mi brazo está extendido sobre mis rodillas... veo el lunar de mi muñeca... aún tiene la pulsera de colores que me recuerda tus manos... está frío, inmóvil, los dedos sangrantes... las astillas del húmero tienen coágulos negros... ¿en qué momento lo perdí?... ¿cómo fue cortado?... cuchillas de oscuridad revientan en mis ojos...

Un grito me despierta, es mi propio grito, estoy sentado en una silla, no tengo amarres ni cuerdas ni nada, mi brazo cuelga: lo levanto lentamente y trato de tocarme la cara, siento como se acerca pero no me toca. El brazo no se mueve y yo lo siento moverse, lo giro de izquierda a derecha con suavidad; pero lo veo ahí, inmóvil... colgando.

Lo agarro con el brazo derecho, lo abrazo: está roto.

—Te dejamos un brazo para que te limpies el culo, putito, y no te partimos el hocico para que les cuentes a todos

esos comemierda de tus coleguitas que sólo hay una sopa: pagar o la puta madre que los parió se va a retorcer en su pinche tumba.

—Y no dudes en ir otra vez con los puercos, los conocemos a todos, y a tu rectorcito... que por cierto, dice que lo tienes hasta la madre.

Me arrojaron en la oscuridad del dolor, sin zapatos, sin nada; una calle de tierra, desierta, me empolvó la cara; a los lejos un perro aúlla, no puedo pararme, mi brazo roto duele como duele la infancia de estar solo.

Me muevo como gusano, soy una larva que se retuerce, que no sabe dónde ir; con el dolor en la piel, en los poros, me voy levantando; con el codo derecho en el suelo y la mano sosteniendo el brazo inerte.

Estoy de pie, mi brazo derecho sostiene al izquierdo hasta el codo, doblado, pegado a mi cuerpo; sólo puedo mover lentamente los dedos de la mano izquierda, sin uñas, bañados en coágulos pequeños... el llanto ha estado ahí, en mis ojos, siento como caen unas lágrimas en mi brazo seco.

Voy caminando en la noche a ninguna parte, buscando la luz más intensa, algunos aullidos se escuchan muy a lo lejos.

Pienso en ti, en tus brazos, en que me hace llorar tu presencia cuando estoy herido, mis dedos sangrantes quieren tocarte, te extrañan...

Hasta morir

Les había dado clase un semestre antes, no sé ahora si fue Literatura o Taller de expresión oral y escrita, no recuerdo detalles, acaso los imagino, como todo lo que recuerdo ahora, que no sé si realmente ocurrió o sólo están en mi imaginación.

Se murió el *Oax*, me dijeron, y no recordé su rostro, ni dónde se sentaba ni qué hacía; fueron relatos dispersos y pregunté y pregunté, sobre todo por la serie de rumores y casi nota roja que se extiende por los pasillos.

Lo que más impresionó fue la forma de encontrarse con la muerte, la forma en que puede llegar y casi tocarnos e irse, dejando su manto frío sobre alguno de nosotros, varias veces he podido morir, cuando era estudiante como el *Oax* y muchos años después.

Para nadie es extraño que los estudiantes beban, a veces hasta morir, pero pocos, creo, mueren realmente, algunos se quedan bebiendo hasta que amanece y da hambre.

Hasta la hora en que abren el comedor, fue ahí, creo, que se dieron cuenta que el *Oax* estaba muerto, le hablaron para ir a desayunar, pero sólo respondió el silencio desde la cama

donde se había ido a dormir como a las tres de la mañana, entonces fueron a moverlo: estaba frío.

—¿Qué hacemos?

El silencio es lo que siempre delata nuestro desconcierto.

Fueron a ver al jefe de grupo, lo esperaron en el comedor, ¿cómo saben que está muerto?, no dijeron nada.

Avisaron a la unidad médica y a los vigilantes, a media mañana llegaron los policías y esperaron al forense varias horas, al principio se los llevaron en calidad de testigos.

Muchas historias negras se entretejieron, llegaron a mis oídos versiones impresionantes, violaciones, estrangulamientos.

Me resistía a aceptar que sus propios compañeros lo hubieran matado.

Nos reunimos en el velorio, alguien sacó un mezcal y repartieron en unos carrizos. Raspa un poco, como el recuerdo de las cosas que no hicimos.

Afuera de la capilla nos apretamos, cada uno por el frío.

Me pregunto cosas, morimos un poco cuando estamos despidiendo a uno de los nuestros. Es la noche, los nubarrones en el cielo o la soledad que compartimos.

Una voz empieza a contarme:

Era buen amigo el *Oax*: guapo, moreno, alto; raro porque los *oax* son chaparritos; tenía unos profundos ojos negros, uno se perdía en ellos.

Una vez llegó Juan Carlos, del grupo tres, a nuestro cuarto, llevaba un tequila, tal vez la semana pasada, el jueves debe ser, el jueves por la tarde, ni muy tarde, serían las cinco o seis.

Las manos del *Oax* son grandes, me dijo, yo estaba haciendo la tarea de botánica, y sus dedos gruesos, fuertes. Esas sí son unas manos bonitas, llenas de ternura.

Tomé un gran trago de mezcal y mis ojos siguieron pegados al cuaderno, no pude levantarlos para ver a Juan Carlos, que estaba ahí, un poco fuera del mundo, parecía que hablaba consigo mismo, o con alguien que no era yo.

Y la piel del *Oax* es tan lisa, sus hombros de quien levanta la pala en el campo, de quien levanta un costal de maíz, y no de esos de azúcar que pesan veinte kilos, no, de esos de henequén que guardan sesenta kilos de maíz fresco... y los labios, esos sí son labios, gruesos, con una suavidad de durazno, si te besara con los besos de su boca.

Sus ojos perdidos iban a otra parte, su cuerpo se estremecía.

Y cuando me besó los hombros, eso es un calorcito como el sol de la mañana después de una noche fría.

El *oax* sí sabe cómo hacerlo, el vaho de su boca pasa por el pecho con toques eléctricos... y cuando llega al abdomen, un cosquilleo se desprende por tus piernas, por tus brazos... uno se apaga, de pronto está ahí, besando, mi verguita, dándole toques con sus dientes, chupando, apretándola con sus manos.

No soy yo –dijo– yo era otro.

Juan Carlos no ha salido de su cuarto, llora bajito, fui a verlo para decirle que el *Oax* se va al amanecer, que es su última noche en esta escuela, pero no ha querido salir.

Me quedo inmóvil, escucho en medio de la oscuridad y creo que es el propio Juan Carlos quien se pierde en medio de los pasos que se van, hay llanto.

Toda el agua

Era de La Puri, una comunidad de Texcoco, y estudiaba en la Prepa de Chapingo, tenía buenas calificaciones, arriba del promedio, todo iba bien.

En segundo año de la prepa su grupo hizo un viaje de estudio, salieron un viernes a las cinco de la mañana, pasaron por Guanajuato a ver unos cultivos, al otro día compraron un litro de tequila almendrado y el domingo llegaron a Nayarit.

En El Corte, una comunidad de Santiago Escuintla, instalaron su campamento y el lunes salieron a un recorrido fisiográfico por los alrededores. Toda la mañana vieron cultivos de arroz, tabaco, maíz, trigo, pepino y frutas.

A media tarde, un grupo de compañeros inició la travesía rumbo al río, llegaron caminando a un lugar de difícil acceso, oían el agua, pero no podían llegar a ella, decidieron ir río abajo por la ribera, unos cuantos metros después escucharon voces, gritos y pataleos, siguieron caminando hasta acercarse.

Dos compañeros se abrieron paso entre ramas y se asomaron: cuatro niños jugando, casi del otro lado; les gritaron pero los niños no hacían caso.

Gritaron y movieron las manos, pero aquellos seguían en lo suyo e incluso se alejaron más río arriba. Salieron de los arbustos y dijeron a sus compañeros: no nos oyen; todos siguieron caminando río abajo.

En un claro, vieron otra vez a los niños de antes, los que habían dejado cuarenta, sesenta metros atrás, eran los mismos y se reían, pataleaban, se empujaban unos a otros.

No puede ser, dijeron, los dejamos atrás hace diez minutos, ¿cómo llegaron hasta aquí?

Les gritaron y esta vez contestaron de inmediato: los niños les hicieron hola con la mano. A gritos, les preguntaron si se podían meter. Los niños se pararon y el agua les llegaba a las rodillas. Pero de ese lado sí está hondo, dijeron.

Los niños vinieron a su encuentro, agarrados de un tronco, pasaron a este lado, aún no se podía pasar al río por tanta rama, los niños dijeron que en esa parte era peligroso, que unos metros abajo estaba un bebedero de animales, que por ahí se podían meter.

Efrén y sus compañeros dieron unos pasos más y efectivamente, ahí estaba la bajada para beber agua, se quitaron la ropa y se echaron, el agua les llegaba a las rodillas.

Los niños que venían asidos al tronco llegaron por el río, Efrén les preguntó por qué no les habían hecho caso antes, cuando les gritaron y gritaron río arriba, pero los niños no sabían de qué les estaban hablando, no nos hemos movido de donde nos vieron dijeron, más allá está feo.

Empezaron a jugar con el tronco que los niños habían traído, pero Efrén tenía algo raro en la cabeza, no puede ser, decía, son los mismos niños, así que no se acercó al tronco y estaba a unos pasos de ellos, quizá cuatro o cinco, a veces en cuclillas y otras se extendía en el agua, de pronto se quiso parar, pero no había fondo, ahora estaba a ocho o

diez pasos, no había fondo y no podía mantenerse a flote, empezó a manotear, quiso gritar pero el agua entró a manojos por su boca.

De pronto los gritos: ¡se ahoga, se ahoga, ayúdenlo!, se oía desde la orilla. Uno de sus compañeros que estaba cerca, quiso ayudarlo, pensó que el río estaba parejo, pero al acercarse, también se hundió, alcanzó a tocarlo, Efrén se aferró un momento a él, lo empezó a jalar.

Los gritos eran ensordecedores, ahora los casi veinte compañeros que habían ido estaban asustados; uno de ellos sabía nadar, lo que se dice nadar, pues. Se lanzó al agua y sacó a uno, lo llevó a la orilla, respiraba agitado, el otro empezó a vomitar tenía los ojos rojos, querían salirse de las órbitas.

Otra vez los gritos: ¡Efrén, está abajo Efrén! El que sabía nadar se sorprendió, en medio de la histeria, pensó que era uno y no dos los que estaban adentro; se lanzó al agua, una, dos, diez, veinte veces, pero no encontraba nada, cada vez que salía los ojos de desesperación se posaban en él, y luego el llanto.

Las fuerzas se fueron acabando y el día.

Algunos compañeros dieron aviso a la comunidad, llegaron vecinos y se zambulleron, pero nada, llamaron a protección civil, al oscurecer llegó un buzo, se lanzó por una hora y media y nada.

A las siete de la noche dieron aviso a la escuela, nos reunimos en la dirección y nos pusimos en contacto con los maestros, ahora estaban cuatro.

No había mucho que hacer, se suspendería la búsqueda de un momento a otro y se reanudaría al día siguiente.

Hay que ir, dijimos, y avisarle a sus papás.

¿Cómo se le dice a un padre, a una madre, que su hijo está muerto?, ¿Cómo es que ya no hay más vida?, ¿Cuáles

son las palabras para decir que todo ha terminado, que no hay nada qué hacer?, ¿Por qué nuestro compañero, que se sentaba en la segunda fila, no volverá más?, ¿Quién les dará a los padres la noticia?, ¿Quién y por qué?

Hay que avisar dije y se avisó, la llamada telefónica fue escueta, su hijo está desaparecido, estaba con sus compañeros en el río y desapareció, lo buscaron por horas y nada, se ha suspendido la búsqueda y se reanudará mañana, estamos comprando los boletos de avión para irnos a las 5 de la mañana.

A las doce de la noche la familia estaba en la puerta de la escuela, querían más información: si supiéramos que está muerto se lo diríamos, pero está desaparecido.

No había más que decir, nada se puede hacer, no había ninguna esperanza, pero no podíamos decir: está muerto.

Nos fuimos a preparar las cosas, no pude dormir, pensé que el río estaba en un manglar, que poco a poco en la noche el cuerpo se iría de un lado a otro, que podrían pasar dos, tres días, una semana para encontrarlo, y pensé lo peor, y ¿si no lo encontramos? Acomodé tres playeras, una camisa y un pantalón, me veía en la ribera buscando con los ojos, observando al equipo de buzos trabajar, todo un día, dos, tres, los que fueran necesarios.

A las cinco de la mañana salimos al aeropuerto, su padre iba así, con su chamarra y nada más, un tío de Efrén también se agregó.

En el aeropuerto, un micro nos llevó al angar de salida, un avioncito de 48 plazas, de hélices externas, de hace un buen de años. Me senté en la ventanilla, respiré hondo y recordé que nunca me habían gustado los juegos mecánicos, que siento vértigo, en ese momento me di cuenta que el motor se había encendido y que las hélices, veía una desde mi ventanilla, estaban en marcha.

Respiré dos, tres veces y cerré los ojos, qué más puede pasar, me dije, qué más, y a dónde vamos, después de todo.

Llegaron a mí varios recuerdos, aunque dicen que las bestias de carga, o sea las mulas y los burros, provocan más muertes que los aviones. Un viaje en mi infancia, una avioneta en medio de la mixteca, cuando no había carretera, lo mismo que en la selva, la opción era caminar tres, cuatro días o la avioneta; me recuerdo con lágrimas, en medio de la turbulencia, a mis cuatro años, la avioneta descendiendo, moviéndose erráticamente.

Lo mismo cuando regresé de Belfast o de Ouagadougou, un mal presentimiento.

Llegamos a Tepic en una hora, una camioneta de la escuela nos estaba esperando, sólo un temor me invadía, el temor de lo peor. Tiene que aparecer, me dije, una y otra vez, tiene que aparecer.

Iban a ser las nueve cuando llegamos al Corte, nos trasladamos al río, ahí estaban veinticinco de sus compañeros, y vecinos, los buzos de la Armada de México, que habían llegado a las ocho, no lo habían encontrado.

Vi el río, no era como había pensado, el manglar que hilvanó mi imaginación era una inmensidad que se esfumó en segundos, era un río de unos diez metros de ancho, en algún lugar se podía pasar al otro lado caminando.

Tardará un poco, pensé, pero aparecerá.

A las diez y media llegó otro equipo, ahora de protección civil, había dos lanchas, una con motor fuera de borda, peinando la zona.

Cerca del medio día apareció. Quizá ciento cincuenta metros río abajo de donde ocurrieron los hechos.

Corrimos por la ribera y vi, el buzo de protección civil estaba parado a un lado, el agua le llegaba a las rodillas.

Organizamos el regreso, pasamos por el ministerio público, el forense y la funeraria.

El día nos alcanzó para todo, para darnos cuenta una vez más que “no para siempre en la tierra y sólo un poco aquí... aunque sea de piedra se quiebra, aunque sea de jade se rompe...”

El grupo regresó en su autobús y nosotros nos quedamos haciendo trámites, como no sabíamos cuándo terminarían, no teníamos listo el regreso; a media tarde se consiguieron los boletos, dejamos todo listo en la funeraria y nos fuimos al aeropuerto.

Un avión similar, quizá el mismo. De regreso hubo más turbulencia, se movía de verdad, atrás de mí un hombre venía rezando frenéticamente, lo vi en la sala de espera con su Biblia en la mano; ¿Si supiera de dónde venimos?, pensé, ¿me leería dos o tres pasajes? ¿Cuál prefiero yo?, me pregunté, se me ocurrió el sermón de la montaña, Dios proveerá, pero se me hizo otra idea en la cabeza, quizá Lot y los ángeles, en medio de Sodoma.

Pero ahora que lo tenía en el asiento de atrás –casi diciendo: nos vamos a morir, nos vamos a morir– pensé, este hombre debería ser el más feliz de la tierra, tiene un dios que lo salva de todo y míralo ahí, simplemente perdido.

Imbécil, desgraciado, deberías avergonzarte de tu fe, pensé en pararme y decirle; tu Dios te tiene asegurado un destino, tranquilízate; pero permanecí sentado, observando por la ventanilla los pueblos pequeños que íbamos sobrevolando.

No entendemos al mundo, nunca sabremos qué hay más allá.

Bajé del avión con esa sensación de quien ha cumplido. No hice nada, mas por un momento sentí que había cumplido.

Toda el agua

Su grupo llegó a las cuatro de la mañana, a media tarde nos reunimos en la dirección para ir al sepelio, entonces la vi, una compañera tenía una botella de agua de dos litros, era agua turbia, o mejor dicho con sedimentos, le pregunté, ¿y esa agua te la vas a tomar?, ella dijo que no, que era del río, todos nos quedamos en silencio.

—¿Cómo se te ocurre?, ¿para qué la traes?, de plano contigo —dijeron sus compañeros.

Y así fue que la tiró en una jardinera.

—¿De qué se trata todo? —pregunto, más allá sólo hay silencio— De regresar con vida, si acaso, sólo de eso.

El agente internacional

Jamás pensé extrañar al señor Humberto, pero llegó el día. En la primera sesión del Consejo, durante muchos meses las sesiones eran un tormento, sólo una mente malsana podría escuchar las invectivas de Natasha y Anayaro sin tener severas consecuencias, mi grado de afectación parecía irreversible, pero nueve meses antes del fin llegó quien sería denominado como “el niño”, nuestro alumno de nuevo ingreso.

El señor Humberto es poco común, apareció de la nada a sus muchos años, en una sesión de Consejo levantó la mano y le di la palabra, sus argumentos parecían responder a una lógica fuera de este mundo, no me refiero a cosas de ultratumba, sino a los *Ets* que donde quiera se meten; desde ese día mi salud mental empezó a regenerarse, concluí que muchas de las participaciones en el Consejo, adolecían del mismo problema y que Natasha y Anayaro o eran superhumanos o alienígenas.

Una vez me desternillé de risa en el Consejo, debí voltear hacia la pantalla porque finalmente me apenaba tener una risa incontenible. Fue cuando se eliminó el socioeconómico, después de horas de discusión a veces incoherente se de-

cidió que pasara a mejor vida o que se reestructurara; al final el señor Humberto dijo: pues sí, pero por mientras le dimos cuello. Todo el auditorio se divirtió de lo lindo.

Varias veces algunos asistentes al Consejo y consejeros se manifestaron en contra de que le diera la palabra al señor Humberto, desde la izquierda radical hasta la derecha y los que no tienen rumbo; incluso llegaron a decir que debía quitarle la palabra o llamarlo a que se centrara en el punto, en lo que a mí concierne, perdían más el sentido de sus discursos los alienígenas.

No dejaba de ser extraña su presencia. Un día vino a contarme algo que no recuerdo bien, pero terminó diciéndome que su madre fue actriz, que trabajó en el naciente cine de Inglaterra en el primer tercio del siglo veinte, y que él era el niño que salía en la película *Sabotaje*. Me sorprendí y lo miré fijamente, algún destello me pareció ver en sus ojos, ¿no puede ser, dije, ¿del genio del suspenso antes de que se trasladara a Hollywood? Yo era el niño que va sentado en el autobús, dijo. Recordé que Hitchcock se lamentaría un poco de esa cinta en el sentido de la explosión; nadie debía morir, señaló una vez, el suspenso no requiere de muertes.

Ya sé que no me crees, dijo, y sacó de su mochila, que después sería famosa como la mochila asesina, unos recortes de periódico amarillentos donde aparecía una foto de su madre y un niño en brazos, luego me mostró un pasaporte de antes de la era del dinosaurio de César Alejandro, con fotos en sepia donde efectivamente estaba la misma señora con un niño un poco mayor, que, asómbtrate, era él mismo.

Cualquier cosa era buena para su ingenio. Decía que Diego Fernández de Cevallos era su hermano, que Martita Sahagún era su hermana, que Fox, por consiguiente su cuñado; que su familia era dueña de todos los terrenos de la

universidad, que no sé por qué artilugio se habían vuelto propiedad pública; que su parienta Lola la grande, que no que sólo el Beltrán, que ella no era en realidad Beltrán, pero sí era sinaloense, que como todos los poderosos estaba en el negocio; ¿cuál negocio? –pregunté–. No te hagas pendejo –me dijo.

La mochila asesina fue todo un caso. Según él, los compañeros de su grupo de primer año de la prepa no dejaban ir la oportunidad de molestarlo, que todos tenían la consigna de “a chingarse al viejo”, y así sucedió que lo empujaron y que él, que no tiene atole en las venas se calentó y que se les pone al brinco, ahí dejó ir a la entrepierna de uno de sus compañeritos la mochila que tenía dentro unos libros de texto de quinto año –de los gratuitos–, tres cuadernos de forma francesa y dos profesionales, un libro de biología, medio kilo de arroz, un kilo de frijol, un par de papas y dos cebollas.

El golpe fue seco, el compañerito cayó fulminado por un rayo, no podía moverse y apenas respiraba, sus ojitos se pusieron en blanco y pensó que moriría; me describieron a detalle el suceso, lo llevaron a la enfermería y le pusieron hielos, él se sintió muy mal porque pensó que le quedaría así todo eso chiquito y morado, por eso les dijo a los demás: tengan cuidado con la mochila asesina.

Me lo explicaron –como decía Fox– “ambos cuatro”, el señor Humberto y tres de los compañeros implicados más una compañera que dijo: sólo los acompaño, no vi ni oí nada. En esa reunión cada quien dijo su versión. Uno de ellos, el doliente de su entrepierna dijo: me acusa de que yo lo molesto, nada más falso, yo soy testigo de Jeová y no puedo tratar de esa manera a mis semejantes.

Por su parte, el señor Humberto dijo: pero si se lo telegrafíe. ¿Cómo es eso de que se lo telegrafíaste? Sí, se lo te-

legrafíé, le hice así —y con la mochila asesina hizo el ademán de pegar— y ¿así le hiciste? Bueno —dijo— la primera vez, ya cuando le pegué le hice con güevos.

En esos días pasaron cosas inverosímiles, inauditas, cosas jamás vistas y a lo que veo, jamás se verán: un día me llevaron flores.

No diré nada del matacursis ni de lo mortal que resulta para mí el caramelo, la melcocha y esas cosas que los enamorados llaman románticas.

El señor Humberto estaba fuera de la oficina con sendo ramo se cempaxúchitl. Son para ti, me dijo. Me sorprendí en verdad y dudé en aceptarlas, pero me convenció diciéndome que se la habían pasado varias semana cuidándolas él y sus compañeros.

Sigue la historia del sartén que le escondieron sus compañeros. Un día llegó diciéndome que quería que se hiciera un operación mochila en su salón porque le habían robado un sartén. ¿Un sartén? —le dije— ¿cómo es que llegó un sartén al salón?, pues ¿qué te importa? —me respondió— me lo dieron en la biblioteca porque yo se los había prestado y me lo dieron... Le dije que no podía revisar las mochilas de sus compañeros, pero que se me hacía divertido decirles que nadie se podía ir hasta que apareciera el sartén.

Hay un sinfín de historias de este tipo, me parecía muy extraño que con cualquier pretexto estuviera fuera de mi oficina o pendiente de los trabajos que se realizaban en la escuela, pero como tenía su credencial no podía hacer nada.

Un par de meses antes de terminar mi gestión el señor Humberto desapareció como había llegado, no me había dado cuenta de su ausencia hasta la sesión del consejo donde ya no estuvo. Se hizo el aparecido unas semanas después para despedirse, me dijo que se había matriculado en

la UNAM, y que se despedía de mí porque en un par de meses más saldría del país. ¿A dónde vas? —le pregunté—. Quizá a mi casa, dijo.

No quise sorprenderme más cuando apareció su foto en el periódico de marzo: “Agente internacional detenido en Ámsterdam” el señor Humberto lucía una gorra de golf y unos lentes redondos.

Vinieron a mí las escenas descritas en el periódico: entre otros secretos que sacó de México están el *jitocapsicum* y el *jitocatsup*, un jitomate que al morderlo sabía a salsa molcajeteada o a cátsup. Su antena parabólica esa portátil en forma de sartén que llevaba en su mochila. Había algunas imágenes del equipo Agribot y del rancho Quetzalcóatl.

Me negué a creer lo que decía el periódico hasta que los vi con claridad, otros agentes llegaron después a la escuela, pero a las claras se les veía que eran espías: usaban sombrero y gabardina negras, y tomaban muestras de cuanta cosas les parecía interesante, pero ya había dejado mi puesto de superintendente.

Ahora, cada que veo una película de Hitchcock, recuerdo al señor Humberto, que en verdad nos engañó a todos, menos a los alienígenas.

No hay sol

La fui a ver a su cuarto a mediodía, fue el lunes o el martes, le pedí prestada su calculadora científica porque tenía que hacer unas operaciones que no entendía muy bien, soy lento en eso de calcular, ella me ha enseñado algunas cosas, porque la neta, se me van las cabras con los números.

Le pregunté si nos veíamos en la tarde, yo estaba seguro que saldría de clase a las seis, después de media hora de ejercicios con las tablas dinámicas; ella me dijo que tenía ganas, yo le dije que pa' luego es tarde, pero me tenía que ir a clase, regreso como a las seis y media, ¿va?

Entonces –me dijo– tal vez salgo un rato; va, me avisas que pex; ando un poco atareado porque todo lo dejo hasta el final, para qué hacerlo hoy si puedo dejarlo para mañana; a veces me enredo yo solo, ni yo mismo me entiendo, pero voy a pasito.

Somos acá, ¡huyuyuy!, desde segundo, aunque ella iba en otro grupo siempre nos veíamos en los pasillos de la prepa, ¡neto!, ya ni nos daba chance de ir a cenar, pero ahí nos quedábamos orejas de ratón loco. Lo chido eran las puestas

de sol, megachingón, sentarnos en las banquitas azules para ver el fin del mundo de cada día.

La neta yo ya quería darle acá, un poquito de pasión, pero no hallaba cómo; los ojetes de mi cuarto me hacían burla que porque andaba solapa la regadera, que de calentón en calentón al boiler se le va la presión; haz de tener pelos en las manos y si te alcanzaras hasta en la lengua.

Cada quien ya había tenido sus asegunes, y, ¡neto!, pensaba que alguien de su pandilla era más cabrón que bonito y que le daba duro por catacumbas; me la jalaba largo, pero es que está bien bonita; ¡No mames!, bonita es poco. Era flaquita, pero, ¡neto!, panchito ya quería llegar a fondo, y sus pechitos pajaritos, un dos tres por mí, que así te la pedí.

Al buen paso darle prisa, me dije, y la invité a caminar por lo oscurito, entre los días de febrero loco; por atrás del auditorio, por el *siestan* y la calzada de jacarandas en flor; no sé ni qué le iba diciendo, pero ¡neto!, mi corazoncito iba tum, tum; y mi otro corazón se iba poniendo acá, listo para todo, hasta el infinito y más allá.

Llegamos al peri y nos fuimos para la *chichifo*, sombras nadamás, entre tu vida y la mía; por allá hay unos setos altos como de uno diez o más, llegamos como quien no quiere la cosa, me sudaban las manos, era un sudor frío, me froté un poco en mi playera, para quitar la ansiedad, entonces sucedió: empecé a besarla suavemente. ¡Putamadre!, sus besos son besos, cabrón.

Mis manos, lentas pero seguras empezaron a frotar su espalda. ¡No mames!, su cintura acá, mis manos tienen memoria propia y se erizan al contacto del recuerdo, sus nalguitas siempre me gustaron, y sus muslos largos y suaves.

Mis manos frotaban sus nalgas, ¡una cosa bonita!; ¡sí señor!, de lo bueno lo mejor... con las manos giré su cadera un poco a la derecha, la besaba con suavidad, mi mano iz-

quierda acariciaba su espalda y mi mano derecha empezó a buscar entre sus piernas, encontré el botón... de metal y se abrió el pantalón, el cierre bajó lentamente; ¡palamadre!, pinche cierre puto, es una mirruñita.

Metí la mano, la tibieza de su abdomen liso y suave es otro pedo; la delicadeza de sus pelitos es el recuerdo más dulce de mis dedos, puedo morir en paz después de eso.

Tocar sus labios es: tocar la humedad y sentir su esencia, mover el mundo con un suave dedo en medio del mar; sentir la puesta de sol que nos une en silencio cada tarde en los dedos, sentir su corazón que crece junto al mío. ¡Pocamadre!, Dios existe cuando hacemos el amor.

El mundo se detiene de pronto, la respiración se contrae, giramos sobre un eje en medio de los dos, como un disco de imágenes borrosas hasta que se rompe el dique y el agua sale con furia, llamarada que explota y se aleja tiernamente.

La calma llega, se abren los ojos, por un momento no sé qué decir, no sé qué hacer, está en mis brazos y la veo a los ojos; nuestros corazones son trenes que siguen su curso, sin detenerse a toda velocidad al encuentro uno del otro.

¿Quieres seguir?, le pregunto, ¿quieres que lo hagamos?, ella tiene una sonrisa, ¡no mames!, pero bien bonita, mueve la cabeza afirmativamente; algunas estupideces salen de mi boca, pero ella es tan fresca, tan ella misma, tan linda y su sonrisa sigue diciendo que sí.

Todo se va de pronto al otro lado del mundo cuando la volteo y le bajo un poco los pantalones, todo junto con las dos manos; quita el botón de mi pantalón, baja el cierre y saca mi verga, dura y caliente; le abro un poco las piernas y con la mano la acomodo en la humedad, la voy metiendo lentamente mientras le agarro las caderas, hasta que llega al fondo; un suspiro sale de muy adentro y la abrazo con las dos manos mientras empujo.

Su cabello está en mi nariz, y su tibieza en mi corazón cuando se apaga todo. Se me erizan los dedos, mis manos agarran sus senos mientras giramos en la oscuridad, y me vengo con estertores suaves, todo es humedad y ríos; gotas de una lluvia que no existe humedecen mis ojos.

Me siento agradecido con la vida. Le digo al oído: “cuánto me debía el destino que contigo me pagó”. Y soy feliz.

Ya fue, son los últimos días, pasamos de cci a ing, en menos que lo cuento, a veces sudando en el examen o con los pinches profes putos que creen que no te debes echar unas frías, no coger rico, sólo hacer trabajos que ni revisan, ¡culeros!

A las seis me manda un mensaje al cel: siempre sí salí, regreso como a las ocho... un hilito desagradable sube por mi estómago, a las seis y media guardo mis cosas, voy caminando, de pronto ya estoy en su cuarto, toco y me abre su compañera: no está, pero pásate, me dice; ya son las siete cuando veo la tele, estoy sentado en su cama, le mando un mensaje al cel: te dejo tu calculadora... y nada; leo una revista *Molino de letras* de su cuarto, la verdad me aburre; espero que pase el tiempo.

Ya son las ocho, las ocho y media; en su mesa de trabajo hay un gato, una alcancía de colores brillantes, le pongo dos pesos y me voy; al salir le mando otro mensaje al cel: le di de comer al gato... después de un rato me llega un mensaje: a veces no te entiendo, trato de no malvibrarme, chale...

No sé qué le digo, algo con sus propias palabras; estoy en mi cuarto, casi es media noche, me voy a lavar los dientes, con paciencia, con calma: primero con el hilo dental, lo enredo entre los dedos índices de mis manos y lo voy pa-

sando entre cada unión de mis dientes, los de arriba así con cuidado, me veo en el espejo y abro una bocota para poder jalar; a veces hay que meterlo dos o tres veces en la misma unión, me enjuago; pongo pasta en el cepillo y empiezo a recorrer mis dientes, primero las muelas, en su pared externa, de un lado y de otro, los dientes de en medio de arriba hacia abajo; luego la superficie de las muelas con el cepillo en círculos, y finalmente la cara interna, por todos lados; muevo el enjuague con fuerza y le aviento mi mejor sonrisa al espejo: no sale nada.

Cuando regreso tengo una llamada perdida, es ella, le marco pero su cel suena ocupado; espero unos minutos y le vuelvo a marcar, sigue sonando ocupado; espero, veo el techo y me acuesto, le marco y suena fuera de servicio, le mando un mensaje: tu teléfono suena ocupado.

Me llama y le contesto, me reclama, qué ondas son esas, que malvibre, me encabrono lentamente, mañana hablamos.

Peleamos todo el día, le digo qué me saca de onda, se encabrona y por consiguiente me encabrono.

Para pelearnos estamos bien, para mandar a la chingada todo basta un minuto.

Me ahogo en un vaso de agua, te quiero un chingo, le digo.

Algo sigue ahí dando vuelta, se mete lentamente en la cabeza y no sale, es una víbora de muchas cabezas... dos, tres días de insomnio.

Llego a su cuarto el fin, ella está contenta, tararea una canción y danza, se ríe con su hermosura; ¡no mames!, ¿me pongo celoso por nada?

Nos recostamos en su cama, ella está pecho abajo y enfrente tiene su lap, escribe ávidamente, yo la abrazo y mi cara se pega a su costado, le acaricio la espalda, le acaricio las nalgas y pego mi cara a su cuerpo; ella sonrío, se detiene

Moisés Zurita Zafra

y piensa, le da con ganas a las teclas del chat: el facebook nos hará libres.

Yo me hago pequeño, poco a poco más pequeño.

Se sienta solo en el salón

Tenemos clase en el A tres, esperamos y esperamos. El maestro tarda, siempre pasa lo mismo, los compañeros juegan, avientan cosas, se gritan: puto, mierda, culo, verga...

El ruido es el salón, alguien pone la música de su cel, *dicen que ya no me quieres, cabrona... eso yo ya lo sabía...* parece que es buena, algunos la cantan, mi compañera de al lado se ríe.

—Pon la de: te estoy engañando otra... —se oye un grito desde la puerta.

Todos voltean a ver, es el *Jony*, que grita, malabarea y es feliz. Nos caga a muchos, pero nadie dice nada, es la suerte, es el salón que te toca y sólo eso: *Jony, la gente está muy loca...*

Entran Juana y Luz, traen cada una su torta, preparadas a la carrera en la cafetería, en medio de la grasa de toda la mañana, escurre un poco en sus dedos. Ellas van felices, no alcanzaron a entrar a desayunar al campestre, la clase es a las siete, pero el maestro no llega.

A dos bancas de la pared Pedro copia ávidamente la tarea, el cuaderno de Lucy siempre está dispuesto para quien

sea, todas las tareas están ahí, y los trabajos, cada cosa que dicen los maestros, dónde se paran, cómo se sientan, cualquier tontería. Como cuando la maestra de forestales habla de su mamá, le tiene un odio rabioso, trae a su madre en la boca todo el día y se le nota como se crispan sus ojos, sus manos, sus deseos... algo debe haber ahí, algo de una vida que no aparece.

También están los chistes del de Física y sus escarceos, y sus frases chulas, guarras: si quieren asesorías las espero en mi cubículo, señoritas, para que suban más.

Muchos del grupo está afuera, se siente que empujan, pegan contra la pared del salón, primero un golpe de cuerpo, luego dos, parece que agarran a uno y lo empujan, luego otro, se empujan contra la pared, los vidrios suenan, vibran, se malvibran, pero no se rompen.

Una pelota entra al salón, juegan fútbol en el pasillo, siguen jugando en el salón, un pelotazo le pega en la cara a Juan, el *Brayan* del salón, no sabe qué pasa, se soba y no entiende qué debe hacer. Putos —dice tímidamente— ¡Ay sí, putos!, dicen los que juegan, se ríen, les vale madre.

El salón es grande, inmenso, no hay otro salón tan grande como este; uno entra y se hace pequeñito, las bancas se pierden en este desierto. A lo lejos vienen corriendo tras la pelota, desde muy atrás, se empujan caen, pasan en medio de las bancas, tiran dos, pegan contra el pizarrón verde, se quedan marcadas las manos, los codos, la cara del Jony.

En la fila de la pared, casi pegada al escritorio está sentada Suly, o tal vez no está ahí, la veo sentada, ha cruzado los brazos sobre la paleta y hunde su cara; se ha ido entre sus propios brazos, parece que duerme, sueña tal vez, sueña que está en el salón y se duerme en su banca... sueña... no está en ninguna parte.

—¿Quién me pasa el problemario de álgebra? —se oye de pronto— una voz dulce, tierna casi de niña se apaga a lo lejos... A nadie le importa, nadie contesta, nadie oyó verdaderamente esa voz.

De pronto muchos entran, se empujan; se caen algunos, corren hasta sus bancas; otros van despreocupados valiéndoles *burguer*, como si nada.

—Ahí viene el maestro.

Sus zapatos deslavados entran con suavidad; viene con una bolsa de plástico, tres libros viejos, un fôlder amarillento y algo que nunca se sabe qué es.

—Me la pelas, putito —se oye atrás—; el cel sigue sonando: *vengo a decirle a la que no me supo amar que chingue a su madre...*

El maestro balbucea un saludo y dirige sus pasos al escritorio.

Tres o cuatro están en sus lugares, listos, con sus cuadernos abiertos, sus lápices y plumas a la mano... cincuenta más parecen no mostrar interés.

Pedro sigue copiando de la libreta de Lucy, ella ha sacado su cuaderno de esta clase, forrado al estilo de la primaria, con papel lustre azul, tiene pegadas unas calcomanías de *Hola Kitty*; en un recuadro en el margen inferior derecho su nombre, el nombre de la materia y el nombre del profesor: Roberto Palacios de la O. El hule cristal lo hace ver reluciente. El cuaderno está listo para ser usado, cada clase.

El Jony sigue jugando con la pelota atrás de las bancas, no está solo, diez más están con él. Ya cállense, dice una voz con fuerza, con una extraña fuerza que se va saliendo poco a poco por las ventanas... nadie dice nada, nadie ha oído nada, todo sigue igual, o casi.

Juana y Luz están cuchicheando, no muerden sus tortas, se han quedado en el chisme y sus tortas van y vienen con sus ademanes extraños.

El *Brayan* está listo, ordenó sus cosas, metió su *sacas* y fue a tirar la basura de su lápiz; ahora está esperando que el maestro diga algo, voltea un poco ansioso por el ruido de atrás, pero recupera la calma viendo el pizarrón.

¿Por qué tenemos dos pizarrones? –me pregunto– uno verde y uno blanco; el maestro de TEOyE no usa ninguno, creo que no sabe escribir.

–Albarrán Juárez, María Fernanda... –dice la voz del maestro, una voz que se oye lejana con un tono de estar ausente, dormida o perdida...

–Presente –dice Fernanda– que se voltea y sigue platicando con su compañera de atrás.

Bibriesca Rosales, Juventino...

–La concha de tu madre, puto –se oyen risas, y otro: ya cállense, pero muy bajito.

Bibriesca Rosales, Juventino...

–Juventino, Juventino, te toca –gritan tres– piche Juventino, póngale falta maestro Se oyen algunas carcajadas.

El maestro levanta la cara, sus ojos pequeños se abren paso entre los lentes grandes y gruesos, buscan algo en el fondo donde sigue el fut.

–¿No está Juventino?, pregunta con voz suave...

–Juventino, te están hablando, cabrón...

Juventino patea la pelota y levanta la mano desde atrás... –acá estoy profe, si vine.

El pase de lista es como una danza monótona, uno a uno van pasando los nombres con gran calma, el maestro no levanta la cara, no puede.

Su pelo es completamente blanco, suelto, desordenado; de vez en cuando lo acomoda a la izquierda con su mano derecha; trae la barba crecida como de seis días.

Tiene la piel marchita, pese a que no es un anciano; aunque ve como un anciano.

Parece que no se cambia la camisa, puede venir a dos o tres clases con la misma ropa; su pantalón se ve arrugado, como si no se lo quitara para dormir.

Sus zapatos polvosos parece que no se detienen, que no encuentran descanso; su lento andar lo lleva Dios sabe dónde, pero llevan mucho tiempo, se ven gastados; las agujetas no tienen punta, están floreadas. ¡A su madre!, parece que no se desatan nunca.

El pase de lista parece una eternidad, uno puede morir o seguir soñando: Suly ahora corre en su pueblo, tiene ocho años, sale de la escuela y va a su casa, volando; sus compañeros han salido del hormiguero, se ven las manchas rojas de sus suéteres desde el cielo, donde ella de pronto los ve. —Suly, Suly —escucha desde muy lejos, su nombre viene con una suavidad húmeda, con un sonido dulce de afecto.

—Suly, Suly, el maestro está diciendo tu nombre...

Suly se levanta un poco y dice: —no estoy dormida; y más fuerte: presente.

El profesor va pasando lista como quien baja por una escalera de caracol, agarrándose con cuidado, sabe que se puede caer en cualquier momento.

Termina el último escalón y no sabe dónde ir, se ha perdido.

—¿Qué vimos la clase pasada? —balbucea, se rasca la cabeza, saca su pañuelo y se quita los lentes, los empieza a limpiar, ve hacia el fondo, allá muy lejos donde el partido parece no tener fin.

Se levanta, da unos pasos. —Guarden silencio... —murmura, parece que se lo dice a sí mismo, nadie lo escucha. —A ver chavos, por favor... duda un poco no está seguro de haber dicho eso.

Dos o tres alumnos lo están viendo, no saben qué hace, lo ven murmurar, detenerse, dar un paso, regresar.

—Ya cá-l-len-se... ¡con una chingada!

—Sssssshhh, sssshhh —se oye un murmullo.

El silencio se acerca a pasitos, como tratando de que nadie se dé cuenta; y es verdad, el cel se apaga, sólo se oye la respiración agitada del maestro.

Regresa al escritorio, apoya las palmas de sus manos, levanta la cara pero no nos ve; se deja caer en su silla, se desvanece un poco.

Todos lo vemos, nadie se mueve, nadie dice nada, afuera el aire pasa con suavidad.

Se quita los lentes, los pone con delicadeza en el escritorio y se frota los ojos.

—No veo —dice, es como un aullido apagado, como un ladrido lastimero apenas audible.

Se tapa la cara con sus manos huesudas, manchadas de gis. Se estremece un poco.

Nadie dice nada, estamos solos.

Mamalencha de maíz

Vivo en un departamento, a veces me asomo por la ventana y me paso todo el día mirando, mi mamá se va a trabajar y me quedo sola, veo por la ventana y también la tele, me gusta ver El diván de Valentina y me imagino que soy yo y que sí tengo padre, pero sólo es la tele.

Lo que sí tengo es un abuelo... y abuela, aunque viven lejos en un lugar muy, muy, lejano: Yuyuchi, que está del otro lado del mundo porque hablan otro idioma.

Mi maestra dice que no está tan lejos y que el idioma de mi abuelo es el original de México, que había muchos y que ya quedan pocos.

Mi abuelo se llama Lencho y mi abuela Lencha, mi mamá le dice mamá y yo le digo Mamalencha, pero Lencho le dice kuachiquichi que es un pajarito lindo, lindo, chiquito con pico largo que come miel de las flores.

A veces mi mamá me lleva con ellos, en las vacaciones y en Todosantos, que es jalogüien pero ellos no lo saben, mi maestra dice que no es jalogüien que es día de muertos y todos los años nos hacen poner una ofrenda a los Niños Héroes, porque así se llama mi primaria.

En la ofrenda de Mamalenchita siempre hay mole y pan y calabaza y elotes y chayotes. Pone unas velas grandes que se quedan prendidas toda la noche; ellos van al panteón en la oscuridad, ahí esperan al sol que nunca llega tarde, yo he ido muchas veces, desde que me acuerdo, hay una casita de mi tamaño y me meto en ella y está calentita, aunque no tiene ventanas ni puerta.

Yuyuchi es verde en las vacaciones y en Todosantos se empieza a poner amarillo, aunque a mí me gusta más verde que amarillo, pero a Lencho le gusta más amarillo, se pone contento porque se acerca la cosecha.

Mamalenchita hace magia y tortillas, ¿te ayudo, Mamalenchita?, le digo y me da un pedazo de masa. Se llama testal —me dice— y lo empiezo a aplastar hasta que queda planito, pero no es redondo, Mamalenchita lo pone al comal que es enorme, de barro y debajo de él hay leña y lumbre y cenizas y mucho calor, pero mucho.

Lencho siembra maíces de colores, hay rojos, amarillos, azules, blancos... a mí me gustan más los rojos y Lencho dice que mejor los azules.

¿Por qué no siembras puros rojos?, le pregunté a Lencho, él se me quedó viendo y me dijo: ¿tú sabes si este año va a llover mucho o poco? No sé, Lencho, pero tú sí sabes, le dije; Lencho soltó una carcajada que tenía atorada y enseñó sus dientes, ya se le cayeron cuatro y dos los tiene negros; no, Juanita, yo no sé nada, dijo, y reímos mucho, pero yo sé que eso no es cierto porque Lencho lo sabe todo.

Mira, si el tiempo es muy malo y no hay lluvia cosecho el azul, que aguanta mucho; si no es tan malo, el azul y el rojo, pero si es bueno, cosecho de todos, por eso los siembro y porque se hace mucha comida con ellos.

Lencho dice que corta en pedazos su parcela y así un pedazo es para el maíz blanco, otro para el azul, otro para el

amarillo y otro para el rojo, y yo le digo: Lencho, te falta el maíz palomero, y él dice: Ah, pus pue' que vaya a ser cierto, y ríe con sus dientes de mazorca grande.

Esta vez no me llevó a la parcela, porque ayer salió una víbora de cascabel, íbamos caminando en medio de la milpa; éstas de aquí —dijo— son rojas y las de acá azules. Eso iba diciendo y yo veía que todas las milpas eran del mismo color, yo esperaba que el maíz rojo naciera en milpa roja y el azul en milpa azul, pero toda era verde... en eso oí a lo lejos un ruidito, Lencho siguió caminando y yo me quedé parada para oír bien de dónde venía el cascabelito, se oía tan bonito, caminé unos pasos y ahí estaba, enroscada y levantando la cola, qué bonita eres, dije, ¿te perdiste?

No te muevas —dijo Lencho, bajito—, no te vayas a mover. Suavemente se acercó y me levantó en brazos, caminando hacia atrás nos alejamos; cuando vengas conmigo no te separes, dijo y regresamos un rato en silencio.

Yo creo que la serpiente le da suerte a Lencho porque siempre tiene maíz.

Oye, Lencho, le pregunté, ¿y por qué hay tantos maíces de colores?, ah, dijo, porque los dioses nos quieren mucho, si no hubiera maíz no habría hombres ni mujeres; cuando no había nada los dioses hicieron al hombre de barro, pero quedó tan blandito que no se podía parar, luego hicieron al hombre de madera, pero quedó tan duro que no se podía reír, esos son los monos, y luego hicieron al hombre de maíz y así somos ahora, eso contaban que decían los viejos de antes.

Ah, ¿entonces soy una niña de maíz? —le dije a Lencho—, y empezamos a reír. Y tu Mamalencha y yo somos de maíz —dijo, y reímos más.

¿Por eso somos de colores, Lencho?, ¿por eso hay negritos, amarillitos, rojitos, blancos y nosotros que somos como

café con leche?; es que nosotros somos de todos los colores, dijo Lencho.

El maíz es como la gente –dice– son muchos colores y tamaños, pero todos son uno mismo o sea que se pueden unir una y otra vez y seguir creciendo más.

Cuando desgrana las mazorcas le ayudo a Mamalenchita. A veces encuentro una mazorca azul con granos blancos, ¿y a ésta qué le pasó? Es que esa mazorca creció en medio de la parcela, por un lado había maíz azul y por otro blanco por eso quedó pinta.

¿Entonces este grano blanco es de papá azul y mamá blanca, Mamalenchita? Ella se ríe con fuerza. Sí –dice– siempre que están cerca los colores se pasan de un lado a otro.

Otra vez encontré una mazorca que le faltaban granos, y le pregunté, ¿y está, no tuvo ni papá ni mamá? –Mamalenchita no deja de reír conmigo–. Pues sí, yo creo que no tuvo mamá a veces pasa con las mazorcas de la orilla que no dan todos los granos.

Le digo a Mamalenchita que una vez me llevó mi mamá al zócalo, en México, en esas carpas gigantes que a veces ponen, donde hubo unas fotos de elefantes y tigres y luego dinosaurios mexicanos, pues ese día había un letrero grande que decía: El maíz que vio nacer a los hombres americanos, y yo pensé que el maíz tenía ojos.

En la entrada, al principio, venía el abuelito del maíz, Mamalenchita, se llama teocintle, es como un pasto y da unas mazorquitas de pocos granos y chiquitos.

Ahí decía que los hombres empezaron a cultivar el maíz y que cada vez escogían las mazorcas más bonitas para sembrar, por eso ahora son grandes.

Así como tu abuelo –dice Mamalenchita– primero escoge las mazorcas cuateras, de cada color y luego las mazor-

cas más grandes las guarda aparte en la casa. Cuando toca sembrar sólo quita los granos de en medio, deja los chiquitos de la punta y los gordos de atrás –dice el abuelo que esos granos no están bien, que están patichuecos.

Me sentí feliz en la carpa porque había muchos maíces de muchos tamaños y de muchos nombres, y había máquinas y molinos como el tuyo, donde aplastas la masa y recetas para hacer mucha comida con maíz, y daban la prueba de atole, de tortillas y de tamales, pero nada sabía como los tuyos, Mamalenchita, nada sabe igual.

Ándale pues, vamos a poner el nixtamal –me dice y se levanta, va por un bote y mide su maíz.

–Vamos a poner tres litros –dice y los echa en una cubeta de fierro negra, negra por fuera y un poco amarilla por dentro, la llena de agua. Siempre le ponemos un puñito de cal –dice y la pone en la lumbre, sobre una parrilla de fierro, abajo la leña da unos lengüetazos y se ve roja y amarilla.

–¿Y para qué le pones cal, Mamalenchita?

Ah pues para que se quite la cascarita de los granos, porque es muy dura, también los granos de elote son duros, pero los podemos masticar.

Le digo a Mamalenchita que un día que fuimos al grito de independencia en el zócalo mi mamá me compró un elote y lo estábamos comiendo cuando me contó que un maestro le dijo –cuando iba a la escuela– que la cascarita de los granos de elote era en verdad dura, por eso debía masticarlos bien y despacio; luego se empezó a reír mucho y no paraba, yo me la quedaba viendo y hasta se le salían lágrimas de risa, entonces, en un momento que pudo hablar lo dijo.

Mi mamá trataba de hacer una voz seria: para que vean que es cierto lo que digo –indicó el maestro– levanten la mano los que han comido elote, todos levantamos la mano y reímos, ¿pues quién no ha comido elotes, maestro? Ah, cla-

ro, pues cuando no mastican bien los granos de elote pasan enteros por la panza que es muy fuerte y deshace todo y luego lo que no se va al cuerpo sale en la caquita, pero no se preocupen es tan resistente la cascarita del elote que pueden sacarlo, lavarlo y volver a comerlo pero no olviden, ahora sí, mastcarlo bien.

¡Qué cochinada!, dice Mamalench a y luego suelta una gran carcajada y no paramos de reír en un buen rato, lo mismo que con mi mamá en el zócalo.

El nixtamal hierva unos minutos, luego Mamalench a lo apaga y cuando se enfría lo lava, escurre el atole espeso y amarillo y luego con agua limpia talla un poco los granos, yo meto las manos y se siente calentito y suave, mira, me enseña una cascarita que se ve como de goma para borrar en el cuaderno. Lo pone todo en una xika, que es como una olla de barro con hoyitos, a escurrir.

Le digo a Mamalench a que en el zócalo, cuando estaban las carpas del maíz, decían que el nixtamal le da calcio a las tortillas y por eso teníamos huesos fuertes. Ah pues yo creo que sí –dijo Mamalench a– pero si lleva mucha cal quedan muy blancas las tortillas.

Mamalench a sale temprano al molino y regresa con la masa, prende la leña para que se caliente el comal y remueve la masa en su metate, me levanto cuando ya va a la mitad. Ay, Mamalench a, ¿por qué no me despertaste para ir al molino? –le pregunto– pero ella dice que no quise abrir los ojos.

Hago mi tortilla y la interrogo: ¿Oye, Mamalench a, y cómo sabes cuál va a ser la cara de la tortilla? Ella me ve y dice ¿cuál cara? Pues ésta, Mamalench a, y le muestro la cara blandita y del otro lado es su espalda, pero ¿cómo sabes cuál es su cara?

Ah pues la cara de la tortilla es la primera que se pone en el comal, pero no se hace ahí, la volteas para que su lomo se cueza, y cuando vuelves a poner la cara, se infla, mírala, así. Ay, Mamalencha, pensé que tú les soplabas. Ah pues si les soplo a todas me quedo sin aire; y ríe y reímos y soy feliz.

En la carpa del zócalo decían que el maíz ayuda para que el mundo no tenga tanta hambre, pero que cada vez es más caro porque ya no sólo es para comer, ahora hacen aceite y alcohol, pero lo peor es que lo usan para que los carros caminen.

También decían que hay unos transgénicos, yo no sé qué es eso, pero dicen que es un maíz que se parece a cualquiera, pero que por dentro no es igual porque no se ha hecho en la naturaleza sino en la mano del hombre, pero no sé cuál hombre.

Dicen que el maíz que se siembra en el campo y que es criollo, o sea que es el que sembraron los abuelos de los abuelos más viejos que Lencho, es como un tesoro, por eso hay que cuidarlo mucho.

Yo creo que Mamalencha y Lencho son muy ricos, porque siempre tienen mucho maíz, y yo creo que el maíz es como el oro, porque una vez me dijo mi mamá que hay oro rojo y oro blanco, aunque todos conocen el oro amarillo, y yo pienso que este maíz azul, también es de oro, entonces también hay oro azul.

Cuando sea grande voy a estudiar para ser doctora, para ser doctora del maíz.

¿Mamalencha, me das otra bolita de maíz? Se llama testal, Juanita, testal.

Bueno, ahora voy a seguir haciendo tortillas y le voy a contar a Mamalencha *La era del hielo*, porque ella no va al cine. Le hablaré a Mamalencha de Many, Diego y los otros, ¿va?

Cierro los ojos, me voy

*Al paso del tiempo queda la silueta
que acaso hemos amado
El rostro o quizá sólo el rastro de la boca
o los colores del mar que vuelven a mirarnos
cuando la noche o las pupilas
se derrumban en nuestro corazón
La discreción de la piel al ajar nuestro deseo
luego la sombra con su polvo cayendo gris y más blanco
sobre esa tierra que a gritos exige
un nombre o la tiña de alguna palabra en la memoria
si el otro pregunta
¿Quién es?, ¿Por qué me escribe?*

*Al tiempo todo se vuelve inútil
Los besos deseados, el tacto y su gusano
por arenas movedizas,
el perro para el ciego, el bastón para tantear el azar*

Rolando Rosas Galicia

El perro negro

Yo no quería matarlo, no sabía bien quién era; años atrás había oído cosas cuando *los goyitos* sembraban el terror, pero siempre me parecieron cuentos.

Todos los barrios, los pueblos, tienen su banda, su pandilla, su raza pesada; así como su equipo de fútbol o las hermanitas de la caridad, pero las más de las veces son de decoración o se enfrentan a golpes en alguna fiesta. La violencia no sube de tono; casi nunca es para tanto, salvo esos casos en que la droga forma parte de todo.

El Goyo se ganó la cabeza a pulso, fue el primero en sentarse a medio día sobre la calle principal a forjar la *mois*; ahí mismo, mientras pasaban las señoras al mercado, vendía algunas grapas, ajos y sueños.

Desde entonces su madre dejó de pasar por ahí; de hecho murió sin conocer al avieso que había parido.

La violencia fue creciendo despacito, como se junta la lluvia en las calles de este pueblo, que no se ve, pero al final arrastra lo que encuentra a su paso.

Yo no vivía aquí, crecí en una unidad habitacional; dejé la escuela desde la prepa cuando nos agarraron con un ca-

rrujo a Luis Mares y a mí, estuve tres meses en el *tribilín*. Luis Mares regresó a la prepa, pero yo no. Aprendí a reparar máquinas de escribir en un taller de la Morelos, todavía me tocaron las mecánicas, aunque luego empezaron a llegar eléctricas; todo era fácil, nos iba bien; a veces don Chuy nos mandaba a una empresa grande o a una escuela, por eso conocí estos lares. Me mandaron a las oficinas de la Luxor, tenían máquinas de la época del caldo; uno de sus trabajadores estaba vendiendo lotes en abonos, le dije a Soraya y nos venimos a verlos.

El canto de los pájaros, el aire fresco y el olor a pan recién horneado nos cautivó, empezamos a pagar los abonos. El padre de Soraya no estaba de acuerdo en que nos viniéramos, pero al final nos prestó para hacer unos cuartitos.

No nos metíamos con nadie, poco a poco nos volvimos parte del paisaje, todos nos saludaban, el de la tienda, la de las tortillas, el de la carnicería, hasta el lechero. Todo era apacible, tranquilo, pero no sabíamos nada de lo que había sucedido, del sobresalto en que vivieron por años.

Una de esas historias llegó a mis oídos; el morbo, quizá, nos hace escuchar algo que es a todas luces grotesco.

Ya habían pasado esos años en que la banda se divertía a golpes, ahora estaban armados. Los muertos aparecían en cada baile; organizaban sendas cacerías, incursiones en los barrios enemigos para agarrar a alguien, las bandas de los pueblos vecinos empezaron a huir.

Este pueblo es el último y sus pobladores conocen todos los senderos, los pasajes del cerro y la montaña; con cualquier pitazo salían hechos la raya, la policía no podía detenerlos. Así que empezaron a reinar.

El Goyo tenía un amor, de esos que se dicen imposibles. Ella vivía en un pueblo vecino, iba a la prepa y se dedicaba a lo suyo; para su mala fortuna el Goyo puso sus ojos en

ella, le mandaba mensajes, regalos, serenatas, pero nada, Cinthya parecía no verlo, y ¡cómo no!, el terror llegaba más allá.

No habría pasado nada si su noviecito no la hubiera acompañado hasta su casa; venían de la prepa y se quedaron platicando un buen rato en el zaguán, por eso los goyitos se dieron cuenta y corrieron la voz. El Goyo mayor ya no salía mucho, lo tenían bien fichado, sólo en las noches se daba vuelo; pero esa tarde salió, fue al encuentro del susodicho pretendiente de la Cinthya, ese tipo no tenía idea de dónde se había metido; ni en sus pesadillas más terribles atisbó lo que podría ocurrir, su suerte estaba echada.

Giovanni, después de haber dejado a Cinthya en su casa, se dirigía a la parada del micro y se quedó helado cuando dos malandrines se pararon frente a él:

—El Goyo te quiere ver —dijeron y lo tomaron de los brazos; lo llevaron por un callejón hasta la otra calle, ahí estaba el Goyo en su mustang negro, sentado al volante. Abrieron la puerta del copiloto y lo metieron, el silencio fue absoluto, todos vigilaban.

—Se acabó —dijo el Goyo—, todo lo que tengas con Cinthya se acabó; no quiero volver a verte por aquí, si te encuentro otra vez te voy a cortar los güevos.

Giovanni se quedó mudo, no sabía qué hacer, qué decir; el Goyo encendió un tabaco y empezó a fumar, subió un poco el volumen de la radio, *La Zeta* resonó unos minutos; lanzó su tabaco por la ventana y sacaron a Giovanni.

—Cualquier cosa que te *aiga* dicho es la mera neta —dijo uno de quienes lo trajeron—, así que pícale o te lleva la chingada.

Giovanni caminó apresuradamente por el callejón, mientras uno de los goyitos sacó su pistola y le apuntó por la espalda.

—Ahora no —dijo el Goyo.

Un fuerte disparo resonó en el callejón, Giovanni se quedó paralizado, su corazón pareció dejar de latir, estaba blanco. La otra va a ser a matar, alcanzó a oír. Entonces pegó la carrera hasta llegar a la parada, se dejó caer en una banca de cemento y cerró los ojos, cuando los abrió el micro ya estaba ahí, subió asomándose a todos lados.

La siguiente semana estuvo en calma, Cinthya llegaba sola a su casa, los goyitos lo constataron día tras día. Así por un mes, pero un día vieron otra vez a Giovanni, salía de la casa de Cinthya; esa fue la última visita.

Ya se encontraba en la parada; estuvo vigilante todo el recorrido, listo para echarse a correr, pero cuando llegó a la parada no tenía plan; creía que ya la había hecho, pensó que estaba a salvo entre algunos pasajeros, hasta que vio como frenaba lentamente un mustang negro.

—Giovanni, ¿cómo estás?, pensamos que no volveríamos a verte —parecían amables. Un escalofrío recorrió su cuerpo, se quedó mudo, temblando.

—Sube, Giovanni, te llevamos —dijo una voz dentro del auto.

Se abrió la puerta, eran rostros conocidos, los mismos de la otra vez, pero Giovanni estaba paralizado; uno de ellos salió del auto y lo tomó del brazo, Giovanni se dejó conducir como un niño. El Goyo no estaba dentro, el auto tomó una calle de terracería. Nadie le dirigió la palabra a Giovanni que empezó a entrar en pánico.

Una vuelta y otra más en estas calles polvorientas; los perros echados a la sombra sólo veían pasar el auto, ni un alma, nadie, sólo el aire caliente.

El mustang se paró en el crucero de los goyos; unos pirlules viejos daban sombra y recomfortaban; la tarde se iba, pero el calor los seguía a todos lados.

El Goyo y otros cinco estaban sentados en unos bloques de cemento, fumando mariguana; sacaron a Giovanni del auto y el Goyo se sorprendió.

—¡Y este güey, qué pedo!

—Pus es que llegó a la casa de la Cinthya y pensamos que lo mejor era traerlo.

La cara de sorpresa del Goyo pasó al fastidio.

—¡No mamen!, ¿para qué lo traen?

El silencio llegó de pronto, Giovanni empezó a sentirse liviano, un poco extraño, el miedo se había ido; sentía que estaba en un sueño, que despertaría de un momento a otro. Ya lo había visto, no este lugar, en sus sueños otra vez estaba en el callejón y a quemarropa le dejaban ir una descarga de balazos; él estaba recargado en la pared y veía como salían hilos de sangre, carmín, casi negra, se desvanecía lentamente y despertaba.

—Siéntate —dijo el Goyo y puso la mano en el bloque de cemento a su lado.

Giovanni, se acercó lentamente y se sentó.

—¡Qué voy a hacer contigo! —dijo el Goyo y movió la cabeza—, ¿quieres un trago?

—No tomo.

—Lo vas a necesitar.

El Goyo pidió el bacardí blanco y dio un trago grande, se lo pasó a Giovanni que apenas lo probó.

—¡Cómo hombre! —dijo el Goyo.

Giovanni tomó como si fuera agua.

El Goyo pidió que trajeran la cuerda y empezó a contar una historia de un perro negro que salía en las noches, justo ahí, dónde estaban; que no salía siempre, pero al filo de las dos de la mañana se aparecía como si nada; no se daban cuenta, nadie lo veía llegar, sólo estaba ahí de pronto. Algunas veces se les había bajado el pedo o el alucín; otras, sin

que se metieran nada, ahí estaba, sólo los veía y ellos a él. Alguien intentó asustarlo, hasta usaron sus armas, dos, tres disparos a unos metros, pero el perro no se movía; entonces se levantaban y cada quien se iba por donde vino.

No entendían de qué estaba hablando el Goyo, pero esperaron, la noche había llegado.

De pronto el Goyo pidió que le amarraran las manos a Giovanni. Lanzaron la cuerda por una fuerte rama de un pirul y lo colgaron.

Un gemido apenas salió de la boca de Giovanni, que pedía despertar como quien está rezando un rosario.

Entonces le bajaron los pantalones y los calzones al mismo tiempo.

¿Por qué a mí, por qué a mí?, decía Giovanni frenéticamente; empezó a gritar como desesperado pidiendo ayuda. Sus gritos se oían en todo el pueblo y aumentaron cuando vio la navaja suiza que le entregaron al Goyo.

Alguna vez se le había atorado el cuerito del pitirrin en el cierre cuando era niño, pero ahora le dolía hasta la punta de la lengua en cada grito...

Sin más, el Goyo le había cercenado los testículos con todo y pene.

De pronto los gritos cesaron, el cuerpo colgado se estremecía, daba estertores. El Goyo tenía los testículos y el pene en la mano izquierda, la navaja en la otra; estaba lleno de sangre, su rostro estaba salpicado, su mirada fija, se había quedado inmóvil.

Una figura oscura estaba ahí viéndolos, era un perro negro, robusto; sus ojos rojos parecían de fuego.

El temor se apoderó de ellos y lentamente, sin dar la espalda, se fueron.

La policía descolgó al Giovanni muy entrada la mañana: estaba muerto.

Uno se queda sin respiración cuando escucha esto; no puede ser cierto, pero todo el pueblo lo vio.

Los goyitos desaparecieron, como siempre ante una muerte cerca. La gente del pueblo se alarmó, ya sabían que la muerte estaba en las manos de los goyitos, pero sólo oían, los muertos siempre quedaban en los otros pueblos; incluso cuando caía algún goyito, moría fuera; nadie se atrevía a entrar, pero la muerte llegó.

A los quince días la noche se quebró con las sirenas, justo a las dos de la mañana. Despertaron, se asomaron a las calles y las patrullas iban de regreso, nadie las oyó llegar.

Agarraron a cinco, los otros habían salido al monte; un helicóptero iluminaba desde el cielo, la policía montada buscaba agujas en el pajar, encontró a tres, pero al Goyo no volvieron a verlo en años; se sabía que había matado a más de treinta, todos a sangre fría, a muchos por la espalda.

No es que uno llegue y te cuenten todo, sólo cuando eres de confianza, cuando ya tienes tu casa y tu familia.

Mi hijo tenía un año. Antes de que naciera me había agenciado una pareja de perros akita: Hansel y Gretel, de cincuenta kilos o más. Los sacaba a caminar todas las mañanas antes de las siete y por las noches después de las ocho; todos los días eran todos.

Pero una noche lluviosa en que llegaba al pueblo, por venir en la baba, bajé del camión en la esquina dónde se reunían los goyitos, me había pasado dos calles; no tenía paraguas así que la lluvia empezó a bañarme; entonces, justo cuando el camioncito trompudo reinició su acenso, lo vi, era un enorme perro negro que estaba del otro lado viéndome, sus ojos rojos me seguían mientras caminaba. Apuré el paso y llegué hecho una sopa.

Sigo viendo esos ojos de fuego, en medio de la oscuridad y me estremezco.

Me cambié y antes de cenar agarré una manga y un sombrero, Hansel y Gretel se ponían especialmente contentos los viernes, porque el paseo era más largo en la noche; los sábados y domingos casi estaba mediodía con ellos.

Salí y la lluvia pertinaz no tenía intención de irse. El alumbrado público apenas se distinguía; me dio la impresión de que había neblina, empecé a andar y mis botas se llenaban de lodo.

No me quise alejar mucho del último faro del pueblo, más allá la oscuridad de la noche me provocó escozor; me pareció ver al perro negro, con sus ojos rojos fijos en mí.

Hansel empezó a gruñir y se puso delante de Gretel; los dos frente a mí empezaron a ladrar enfurecidos, querían llevarme a la oscuridad. Mi temor inicial se había ido, una euforia repentina se apoderaba de mi cuerpo.

Avancé unos metros hacia la oscuridad y de pronto llegó la calma, no había nada, cesaron los ladridos, pero la agitación de Hansel y Gretel era intensa, yo también estaba perturbado.

Regresamos al pueblo sudorosos. Los perros, atentos, buscaban algo, se veía a las claras que estaban nerviosos.

Un silencio extraño nos acompañaba; era común que de otras casas salieran perros a ladrarnos, aquí no hay bardas ni zaguanes, pero casa por casa los perros nos veían pasar desde lejos, como si no existiéramos o como si ya fuéramos de la familia.

Algo está mal, pensé; buscaba por todos lados, en la oscuridad quizá alguien nos esté viendo.

Una ansiedad terrible me invadió, de pronto estaba claro: algo malo iba a pasar, algo me estaba esperando dos, tres pasos adelante, pero qué, no podía descubrirlo.

Uno, dos, tres pasos, mi cuerpo listo para recibir un chorro de agua fría.

¡Putra madre!, ¿qué está pasando?, me dije, pero no hubo respuesta.

Un tirón de Hansel fue el inicio; estaba tan atento a los lados que no me di cuenta de cómo inició la carrera, cuando lo hice ya estaba ocho o diez metros delante de mí. Corría desesperadamente, arrastrando la cadena que se había desprendido de mi mano y que sonaba al golpear con las piedras.

¡Hansel, Hansel!, gritaba desesperado, ¡Hansel, ven acá... Hansel!

Pero el perro corrió diez metros más allá y sorpresivamente dio vuelta a la derecha; por un pequeño sendero llegó al patio de una casa.

No hubo tiempo de gruñidos, se había trezado en un duelo a muerte con un perro que estaba ahí encadenado, oí todo; cuando llegué con la cadena de Gretel en la mano —que también quería participar del festín—, había macetas rotas, tierra regada y plantas deshechas; habían tirado láminas, cubetas, escobas; todo era un desastre.

El perro encadenado era el mismo que había creído ver en la oscuridad, salvo por sus ojos, eran otros.

En ese momento salió un hombre de la casa, con su pijama de franela roja y unas pantunflas, lanzaba maldiciones.

Amarré a Gretel a una cerca y me aproximé lentamente a los perros, su furia rabiosa me impresionó.

Pude tomar la cadena de Hansel y empecé a jalar; el perro negro aprovechó la situación y se lanzó sobre el pescuezo de Hansel que se retorció y aullaba.

Lo va a matar, pensé. En eso oí los gritos del hombre: mávalo, mávalo, mávalo.

Le di una patada en la panza al negro y soltó a Hansel, nos hicimos para atrás y el animal se avalanzó sobre nosotros, pero su cadena lo contuvo en el aire.

Los ladridos eran intensos, entre gritos se acercó el hombre:

—Hijo de tu pinche madre, nada más vienes a maltratar a mi perro.

—Perdón, es que Hansel se me soltó de las manos.

—¡Qué se me soltó ni que la chingada!, se me va a soltar un tiro y te va a partir la madre a ti y a tus putos perros, ahora mismo lo vas a ver.

Entró corriendo a su casa; solté a Gretel y corrimos hacia la salida.

A campo traviesa, agarré para el monte, para la oscuridad.

—¿Dónde te metiste, pinche puto?, pero no vas a vivir para contarlo ni tú ni tus perros de mierda.

Se oyeron los gritos y después dos disparos; por un momento sentí un impacto en la espalda, algo caliente estaba ahí, del lado derecho; luego la descarga de la pistola automática o acaso 12 tiros.

Estaba exhausto en medio de la noche, en la oscuridad; Gretel relamía el pescuezo de Hansel. Me sentía cansado, con mucho sueño y este dolorcito que empezaba en la espalda y se iba por mi brazo derecho, hasta la punta de los dedos.

Cerré los ojos, me senté en el suelo y después me recosté, ¿a dónde iría esa mañana?, me pondría a Ángel en la cangurera y saldría con Hansel y Gretel al campo; ya está creciendo la yerba, con las lluvias todo está verde. Me parece verlo, por las mañanas el sol aparece como nuevo, el cielo limpio, el aire fresco y nosotros caminando por una vereda del paraíso. De pronto escuché mi corazón, seguía ahí, era el mismo, parecía estallar, estaba lleno de furia.

Acaso me levanté de un impulso, pero ya caminaba en la oscuridad; di un rodeo para regresar, busqué una vereda,

un camino. Soraya estaba nerviosa, preocupada. Apenas me acerqué cuando abrió la puerta.

—Creí que te había pasado algo —dijo.

—Nada, Hansel se peleó con un callejero.

—¿No oíste los disparos?

—No oí nada —le dije para tranquilizarla, pero sólo se me quedó viendo.

Les di agua y su ración de comida, la única del día; le puse pomada de violeta a las heridas de Hansel y cuando entré a la casa sonó el reloj: eran las doce de la noche. Estaba sudoroso, mojado y con lodo hasta las rodillas.

Me senté en el suelo y respiré profundamente, cuando abrí los ojos Soraya me estaba viendo, tenía en los brazos a Ángel.

—Me estás dando miedo —dijo.

Me quité la ropa y me di un regaderazo, me puse un pantalón deportivo y una sudadera; Ángel ya estaba en su cuna.

Se me fue el apetito, sólo tomé un té de tila y un pan.

Soraya me veía nerviosa.

—Algo tienes —me dijo.

—Sólo estoy cansado, mañana se me pasa.

Tuve un sueño terrible: bajaba otra vez en la esquina de los goyitos, la lluvia caía suavemente. El camión estaba vacío, yo era el único pasajero; la parte del chofer estaba oscura, le grité gracias cuando abrió la puerta, pero no hubo respuesta, por eso empecé a sentir miedo.

Cuando bajé, el camión parecía muy pesado, como si le costara trabajo subir, entonces me asomé por las ventanas y había gente; los vidrios estaban empañados pero se reconocían algunos rostros jóvenes.

Finalmente el camión se fue, del otro lado el perro me esperaba; se acercó con sus ojos de fuego, gruñendo; enseñaba los filosos colmillos, con una ira rabiosa; me fui

haciendo lentamente hacia atrás; quería correr, pero mis piernas no daban un paso, temblaban, parecían de atole.

El perro se ponía en posición de ataque y se lanzaba sobre mí, con sus colmillos buscando mi yugular; me cubrí el rostro con las manos, pero él ya estaba encima; sus fauces apretaban mi brazo derecho, tres, cuatro hilos de sangre empezaron a escurrir y ese dolor intenso que me hizo gritar.

Soraya me despertó.

Tenía ese dolor en el brazo y unas marcas, los dientes del perro estaban ahí, unos puntos blancos.

No pude dormir más, cualquier sonido me hacía saltar en la cama.

En la mañana tenía unas grandes ojeras. Corté el pasto y para desayunar tuve que ir por leche a la tienda.

Don Sera, muy atento, puso un litro de ultrapasteurizada.

—Oiga, joven, ¿no oyó anoche unos disparos?

—Sí, ¡cómo no!, fueron como diez, por allá atrás ¿no?

—Salieron de la casa del Goyo.

—¿El jefe de los goyitos?

—El mismo.

—Yo pensé que eran puros cuentos.

—No, qué va a ser; si hay cosas que no se dicen, nomás por pura vergüenza.

Empecé a sentir cómo mi corazón golpeaba con fuerza.

—¿Qué no lo agarró la policía?

—Estuvo desaparecido años, pensamos que estaba muerto. Nadie ocupó la casa de su madre, pero regresó hace un mes, trajo una mujer y dos hijos.

—¿Y no se sabe dónde estuvo?

—No habla de eso, sólo saluda y ya; nosotros pensamos que otra vez va a venir la calamidad.

—¿Y eso por qué?

—Porque trae la muerte en los dedos.

—¿Será?

—Ni duda cabe, es el mismo demonio —dijo don Sera.

Agarré mi leche y salí con un cosquilleo en el cuerpo; este cabrón me va a matar, dije, como quiera que sea me va a matar.

Llegué blanco a la casa .

—¿Qué tienes? —dijo Soraya.

—Nada.

—No me engañas, tienes algo que no te deja en paz.

Desayuné cereal y huevos estrellados; salí con mi taza de café al patio, Gretel se acercó y talló su pelo en mis piernas, Hansel nomás me veía. Entré y abracé a mi hijo, cumpliría un año en dos semanas, ya estaba casi lista la fiesta; se me quedó viendo a los ojos y sonrió.

Lo puse en su cuna.

—Voy a la unidad —le dije a Soraya—, a ver a mi madre.

—A ver si se te pasa lo que tienes, ¿no vas a sacar a los perros?

—Cuando regrese.

Me despedí de Ángel y le di un beso a Soraya.

—Seguro que no me vas a decir lo que tienes —dijo ella.

—Nada, se me va a pasar.

Caminé hacia la parada, bajo el sol; es un buen día para morir, me dije, y me subió el ánimo. En mi cabeza empezó a dar vuelta una idea: tengo que estar preparado; pensé en el suegro de un amigo que era judicial, —perjudicial, no la hizo para ingresar a la AFI—; pero eso es tardado, hay que llevar lana y si algo falla me van a cargar el muertito.

En esas estaba cuando vi llegar al camión; una sensación extraña me abrazó, luego llegó el miedo. Recordé mi sueño, no había nadie en el camión, después estaba lleno.

Luego un ligero temblor y ese sudor en las manos, siempre pasa lo mismo.

Es un día normal, la gente va de compras, un sábado de tianguis.

¿Y si me sale al paso, si me lo topo de frente en la calle, en el callejón?: te llamabas, tan tan.

Necesito un arma, pero no he usado esas madres, no sé qué pedo; de cualquier manera necesito un arma, así al menos estaremos parejos y chance y la libre.

¿Dónde chingados saco un arma?; mi madre guarda una colt, es un revólver, pero es de la época de don porfis, una reliquia.

No, con esa madre no la voy a hacer, va a ser peor, dirá que fue en defensa propia.

Necesito un arma, una buena arma. ¿Dónde diablos la saco? Pienso en Mares, ¡puta madre, tiene años que no lo veo!, ¿qué hago?, ¿qué hago?

Sobre la libre tengo que agarrar otro camión. Voy al cajero, no tengo muchos ahorros, la cuenta reservada para enfermedades; traigo las dos tarjetas, saco cuatro mil de cada una.

Algo se me ocurrirá. Voy en el camión por la libre y en eso me llega otra idea, ¿y si asaltan en el camión, si me quitan la lana?

Me estoy desesperando, respiro hondo; veo por la ventana como pasan los árboles, las casas, a lo lejos las nubes; cierro los ojos, mañana será otro día.

Llegamos, camino tres cuerdas hasta la entrada de la unidad; voy a entrar y recuerdo: en la tiendita de la esquina venden grapas.

Atiende el Solín; jugábamos juntos al fut, ahora vende en la tiendita, todos saben que vende grapas.

Entro y me saluda.

—¡Qué pasó mano!, ¿cómo te va?

—De la chingada —le digo, tomo una coca del refri—
necesito algo fuerte.

—¿Quieres una piedra?, ¿un ajo?

—No, necesito defenderme.

—Ah, órale, cabrón; ¿con quién tienes pedos?

—Un vecino.

—Umm, ¿quieres algo portátil?

—Algo efectivo.

—*Oquey*.

Agarra un papel donde hace las cuentas y escribe
Sol-in-86.

—Ve a la calle de atrás, es un zaguán de cintro verde;
toca tres veces y entregas el papel.

—¿Es seguro?

—Si llevas lana, sí.

Caminé desenfadado, como si me hubiera quitado un
gran peso de encima; abrió un chavo, con pelo corto,
atlético.

—¿Vienes solo?

—Sí

—¿Traes auto?

—No.

—Pásale.

Me llevó a una sala, dentro de una casa; nos sentamos.

—¿Quieres tomar algo?

—No, quiero seguridad.

Empezó a reír.

—¿Qué estás buscando?

—No sé, no conozco de armas.

—¿No has tirado, no has ido a un campo?

—No.

—A lo mejor no te sirve de mucho.

Se levantó; sígueme, dijo y empezó a caminar hacia dentro; las puertas de los cuartos estaban cerradas. Al final del pasillo abrió un cuarto, había vitrinas en el centro; formadas, las pistolas eran de todos tamaños; nunca había visto nada igual: en las paredes rifles, metralletas, armas largas.

Agarró dos pistolas, las acomodó dentro de su cinturón; tomó un rifle con mirilla, ¿quieres probar una uzi?, dijo y la tomó en la otra mano.

Ven, volvió a decir. Salió y entramos a otra habitación, ahí estaban las municiones; llenó cargadores y me llevó a otra habitación, en esta última una escalera llevaba a un sótano.

Abrió una puerta, era un recuadro, cerró la primera para abrir la otra. No se oía nada, era un cuarto con cristales, tres carriles, completamente delineados: era una sala de tiro.

Ahí, a una calle donde crecí, donde jugué de niño, y no sabía nada.

Me puso unos audífonos y me dio una pistola, plateada.

—Es de las que usa la AFI —dijo— dispara al centro.

No sé dónde pegó la bala.

—Las clases de tiro son aparte —dijo y sonrió— es como si señalaras con el dedo, hazlo otra vez.

Entonces le di, el cartón quedó perforado, justo en el centro.

—Eres bueno —dijo— no tienes pulso de maraquero.

Sin probar más escogí la pistola.

—No puedo llevar eso en el pesero —dije señalando el rifle y la ametralladora.

Empezó a reír.

—A quién se le ocurre viajar armado en el pesero, van a pensar que eres un ladrón.

Regresamos a la sala.

—¿Te la llevas puesta o la quieres para regalo?

—¿Cuánto?

—Dieciocho.

—Es mucho ¿no?

—No sabes nada, puedo decirte veinte o veinticinco, pero es de a dieciocho.

—No me alcanza.

Empezó a reír.

—Tienes código seis: te la puedes llevar ocho días por tres varos, el Solín es fiador.

—¿Puedo hacer cualquier cosa con ella?

—No, sólo disparar.

Me dio una caja de 100 tiros, 38 especial.

—Las que regreses te las descuento.

Respiré hondo, salí a la calle, todo era distinto; de pronto me volvió el alma al cuerpo, es bonita la vida después de todo ¿no? Ya no fui a ver a mi madre, regresé por la libre y esperé mi camioncito para subir al pueblo.

Me bajé en la esquina de los goyitos; ya era tarde, nadie estaba afuera; me asomé por el callejón donde había visto al perro, incluso caminé diez pasos adentro y nada.

Subí tres calles y bajé por dónde había bajado la noche anterior; el cielo se había oscurecido, la lluvia estaba cayendo con finas gotas, había neblina.

Adentro de la chamarra estaba la pistola, la acariciaba con los dedos. Caminé bajo la lluvia, mis botas se llenaban de lodo; alguien había pasado por ahí antes, aún se veían las marcas de otras botas, casi de mi tamaño; parecían más —eso pensé porque apenas se veía la marca de unos perros—, si no fuera caminando sobre esas huellas recientes, diría que las hice yo.

Me paré diez metros antes de llegar a la casa del Goyo.

¿Qué hago?, ¿qué hago?, pensé, algo se me tiene que ocurrir. Di dos vueltas en redondo. Voy a tocar, me dije; un sudor frío recorrió mi frente o ¿es agua de la lluvia?

Mi corazón empezó a golpear, se quería salir.

Caminé lentamente hacia la entrada, pero de pronto me quedé parado en seco, no podía dar un paso, no daba crédito a lo que oía: ruidos, gruñidos, voces.

En la oscuridad vi salir a un hombre con dos perros grandes, se perdió entre la noche; después salió el Goyo, con la misma pijama de franela roja y sus pantunflas; tenía una pistola en la mano, cruzó la calle de lodo y gritó:

—¿Dónde te metiste, pinche puto?, pero no vas a vivir para contarlo ni tú ni tus perros de mierda.

Alzó la mano con la pistola, apuntaba; dejó salir dos tiros. Yo me acerqué lentamente por su izquierda; había sacado mi pistola y le apuntaba con las dos manos; el ruido de la lluvia no dejó que se oyeran mis pasos.

Estaba a dos metros de él y le apuntaba a la cara cuando se dio cuenta; movió la cabeza sin bajar la mano.

—Si no disparas ahora eres hombre muerto —dijo.

Tiré del gatillo; el primer balazo le deshizo el rostro, la sangre brotó en diminutas gotas y fue cayendo. Uno tras otro salieron 12 tiros de mi pistola automática, le quedaron dentro.

Su cuerpo quedó doblado de forma grotesca; sentía el calor de la pistola en mi mano, temblaba.

De pronto, así de la nada, aparecieron esos ojos de fuego; el perro había llegado de no sé dónde, ya estaba ahí, viéndome, amenazante.

Por un momento pensé que se lanzaría sobre mí, pero olfateó hacia el monte y se perdió en la oscuridad.

Guardé la pistola en la chamarra y lo fui siguiendo. Todo estaba hecho.

Un muerto en el fútbol

Mis cuates y yo a veces oíamos que el señor del costal iba a pasar por nosotros: era sin duda, una advertencia; nunca lo vimos y llegamos a pensar que era algo así como la llorona y el jinete sin cabeza, que sólo vivían en nuestra imaginación.

Todo el tiempo nos la pasábamos en la calle y en los baldíos, allá iba yo pelota en mano a jugar fut.

Poco a poco empezaron a aparecer casas en esta parte del pueblo, una orilla lejana que casi nadie conoce.

Entonces teníamos tres canchas: la de los domingos, la de la liga y la de atrás; esta última nos servía para practicar y a veces nos la pasábamos con eso de “gol para”, o sea el que metía el gol se ponía de portero.

Los sábados y domingos sudábamos la gota gorda, aunque a veces había que esperar a que terminara el partido de la tele: el Cruz azul, el América o las Chivas, pues cada quien tenía su equipo favorito.

Aún recuerdo cuando fue el mundial, terminaba el partido de la selección y nosotros cual si fuéramos movidos por el mismo resorte, salíamos a la cancha; dos, tres minutos

después del silbatazo final del árbitro, ya estábamos organizando los equipos.

Nunca pensé que de esas huestes, de ese arrabal polvoriento, pudiera salir un jugador de primera, creo que a nadie se le ocurrían esas cosas.

Todos los días cuando regresaba de la escuela, salía con mi pelota y me iba a la cancha de atrás; tenía que cruzar por el patio de una casa abandonada, era sólo un cuarto grande que no sé quién había ido a construir, a saber cuándo, y lo había dejado por muchos años.

A veces alguien más llegaba a la cancha y tirábamos cinco tantos cada quien, hasta el cansancio; aunque otras ocasiones que nadie salía golpeaba solo con el balón la barda trasera de una casa.

Creo que esos momentos forjaron mi temperamento, me hicieron alguien llamado a la soledad y al individualismo; permitieron que ahora me concentre y no vea otra cosa más que la portería cada vez que lanzo un tiro. Esos momentos, sin duda, y el Arlequín.

Así eran las tardes en la cancha a veces solitaria, hasta que un día llegó; nadie supo cómo, cuando nos dimos cuenta ya estaba ahí, su arribo fue siempre un misterio; ese día íbamos con la pelota Sam y yo cuando, de pronto, lo oímos.

—¡Oigan, alguien que me ayude!

Nos estremecemos, a media tarde, frente a ese cuarto abandonado, camino a la cancha de atrás, una voz nos había detenido en seco.

—Alguien de afuera, que me ayude.

Con claridad nos dimos cuenta que una persona llamaba desde el interior, pero no sabíamos qué hacer; a mi mente llegó la imagen de otro cuarto, meses atrás, cerca del panteón. Esa vez nos asomamos a un cuartito desvencijado

que tenía una cadena con su candado para asegurar la puerta sin cristales; en el interior un catre, una silla, cajas y bolsas regadas; pero junto al catre estaban los huesos de un perro como si se hubiera echado junto a su dueño y no hubiera despertado nunca.

Esa imagen me llenó de horror. Pensaba que lo habían dejado dentro y había muerto de hambre, pero después me di cuenta de todo, el perro no fue encerrado con el fin perverso de que muriera dentro, había llegado con su dueño quien no se levantó ya más y el perro fiel se acurrucó a sus pies para seguirlo al más allá.

En esas estaba cuando la voz llamó otra vez:

—¿Alguien puede oírme?

Sam se acercó a la puerta y preguntó.

—¿Hay alguien ahí?

—¡Ayúdenme! —dijo la voz.

Se acercó un poco más para oír mejor, pero cuando tocó la puerta, se movió; no había seguro, un rechinado salió de las bisagras y la oscuridad buscó refugio.

La figura apareció de la nada, en una cama de hojalata, de esas que tienen lámparas en la cabecera con figuras de ángeles de la guarda.

Levantó un poco la cabeza y estiró lentamente una mano.

—Quiero un poco de agua.

Sam se acercó a una silla de madera donde estaba una jarra de plástico y buscó un vaso, pero él dijo que quería agua de limón. A un costado, en el piso, había un morral de mandado de esos que se venden en el tianguis.

La cama, sus cobijas, una silla, una jarra y ese morral era lo único que había dentro; Sam sacó un par de vasos, tres platos de plástico, un cuchillito, cucharas, limones y azúcar; preparó el agua, la sirvió en un vaso y me la dio.

Estaba a punto de tomarla cuando me dijo:

—No es para ti, es para él.

En silencio me acerqué y se la puse en la boca, sus manos temblorosas la agarraron y dieron un sorbo, por poco y la escupe.

—En la bolsa, a ver qué más hay en la bolsa.

Sam sacó una a una todas las cosas: una botella de aceite, una cebolla, un paquete de chocolate, tres sobres de gelatina, una bolsa de sopa de pasta, una bolsita de colaciones, una bolsa de agüitas para congeladas, sal, carbonato y una bolsa de medicinas.

—Ponle una de éstas —dijo y señaló una agüita verde.

Sam la mordió y vació el contenido en la jarra que agarró una tonalidad verdosa clara.

Tiré el contenido del vaso al patio y servimos más, se la acerqué a la boca y la bebió sin levantar las manos, un sorbo, dos, tres...

Cerró los ojos y se quedó en silencio, Sam parado a los pies de la cama y yo con el agua en las manos junto a la cabecera, inmóviles, viéndonos las caras y contemplando ese cuerpo inerte.

En silencio le pasé el vaso a Sam, lo puso en la silla y nos deslizamos hacia la puerta, la jalamos suavemente para que no hiciera ruido, casi lo logramos; cuando estuvo emparejada oímos otra vez la voz:

—Gracias.

Nos fuimos corriendo a la cancha y en silencio pateamos el balón por horas; cuando regresamos, al pasar junto a la casa lo hicimos de puntitas, sin hacer ruido, pero la voz volvió a salir:

—¿Ya se van?

Nosotros no contestamos, pegamos la carrera y cada quien se fue a su casa.

Poco a poco hablamos de él, cualquiera de los cuates al pasar había oído su voz y le había ayudado en algo; las madres mandaban cosas: un poco de sopa, atole, calabacitas, chicharrón y nosotros se las dejábamos en su silla, que después ya no era una, sino cuatro; poco a poco llevaron una mesita, una estufa y hasta un refri, pero no servía.

A veces, cuando íbamos a la cancha, estaba afuera de su casa, sentado en un escalón, tomando el sol; ya no nos decía nada, bueno nosotros lo saludábamos y él sólo decía ¡buenas!

Una tarde, cuando el sol se estaba metiendo, regresábamos Heri y yo, los últimos de la cancha, entonces nos pidió que le ayudáramos a entrar a su casa. Heri tenía siete años, ocho, a lo más y yo con mis diez años en la espalda puse el balón en el suelo.

¿Cómo lo levantamos?, pensé; le dije a Heri que lo agarrara de su brazo izquierdo y yo lo tomé del derecho; con cuidado, dijo él, que se impulsó un poco con los pies; crucé su brazo por mi hombro y traté de agarrarlo por la cintura.

Temblaba a más no poder, me voy a caer, dijo, Heri lo levantaba pero me pareció ver que no podía más. Me voy a caer dijo otra vez, puso su pie en el escalón y lo levantamos. Me voy a caer, empezó a gritar; le dije que no lo íbamos a dejar caer que pusiera su pie dentro de la casa. Me voy a caer, me voy a caer, dijo mientras un temblor incontrolable lo abrazaba. Empezó a retorcerse un poco y se soltó, un terrible peso nos llevaba al suelo. Un estertor más y luego el silencio: se desvaneció.

Heri empezó a ceder, no aguanto más, dijo; mis piernas temblaban y mis manos no podían sostenerlo, pero no lo soltaba; nos iremos juntos, pensé y efectivamente, poco a poco me doblé y llegamos al suelo; ahí, en el umbral, con suavidad lo acomodamos.

—¿Está muerto? —preguntó Heri.

—No sé.

—Está muerto, míralo, ya no respira.

—¡A ver, escucha su corazón!

—Escúchalo tú, cabrón.

—Órale, no sea puñal.

—Yo ni madres, es más, ya me voy.

—No mames, ¿cómo te vas a ir?

Puse la oreja en su pecho pero no oía nada, sólo escuchaba mi propio corazón y sentía un sudor en la frente.

—No oigo nada.

—¿Qué hacemos?, ya se lo llevó el payaso.

—No sé, no sé, déjame pensar a ver qué se me ocurre.

Pero no se me ocurrió nada, daba vueltas de un lado a otro mientras la oscuridad se había apoderado de nosotros.

—A ver si tiene pulso.

Tomé su brazo y busqué un indicio de vida, su cuerpo era casi un esqueleto, la mano huesuda estaba fría.

Entonces acomodé las dos en su pecho.

—Creo que sí está muerto.

—Ya ves güey, te dije.

—¿Qué vamos a hacer?

—Van a pensar que nosotros lo matamos.

Un escalofrío recorrió mi espalda, volteé para todos lados a ver si nos habían visto: nadie... la noche había caído y el silencio estaba con nosotros.

* * *

Siempre me pregunté cómo es que ese hombre llegó ahí, lo abandonaron en esa orilla del mundo, solo, a que esperara la muerte, que nunca llega cuando se la espera. Si acaso tenía familia, nunca la ví; pero muchos lo lloraron.

Estuvo tendido en su cama, alguien prendió las lámparas y se veían iluminados los ángeles; limpiaron el cuarto, había ya hasta una tele en blanco y negro, empezaron a prenderse las veladoras, los cirios; poco a poco la casita se llenó de luz que se desbordó y llegó al patio, salió a la calle y, poco a poco iluminó la colonia.

En un platito se habían reunido unos pesos, no alcanzaba para la caja así que se organizó una colecta: Tina, Guadalupe y Jackeline fueron al frente; casa por casa reunieron las astillas para completar su caja de madera.

Doña Horte "dirigió a la orquesta": puso el café y preparó los charales con nopales del día siguiente.

Don Sebas se tomaba su canelita con alcohol del 96, mientras don Lupe y Abundio sacaban la tierra de la sepultura; no somos nada, decía don Sebas, pero salú.

El equipo de fut lo llevó en andas: la alineación en pleno, el portero con los tres defensas, los cuatro medios, los tres delanteros y el aguador; la banca y la porra; por turnos. Se acabó el partido.

* * *

No sabíamos que esto pasaría, estábamos ahí Heri, yo y el cuerpo, mudos.

—¿Qué hacemos, güey?

—No sé.

—Pues yo me voy a la chingada —dijo Heri y se empezó a hacer para atrás, paso a pasito.

Yo estaba ahí, paralizado, con la mente en blanco, como siempre en casos así, como pendejo, cuando de pronto sentí una mano en el hombro... un escalofrío recorrió mi cuerpo, me ericé como los gatos en la noche y cerré los ojos.

—¡Ya vámonos! —dijo Heri y me jaló del brazo.

Cuando llegamos a la calle nos echamos a correr. Cada quien para su casa.

Entré blanco, lívido, con un ligero temblor en el cuerpo.

—¿Qué, viste un fantasma? —dijo mi madre.

—No, cómo crees.

—Te ves como asustado.

—No tengo nada, sólo sueño, me voy a dormir.

—¿Así, sin cenar?

—No tengo hambre.

No pude dormir, cerraba los ojos y una voz me perseguía: tú lo mataste, tú lo mataste... asesino... asesino...

Alcancé a oír el canto de un gallo, por último, cuando caí rendido.

Desperté casi a las diez de la mañana; el sol había calentado todo, era un domingo espléndido.

Mi madre me dijo: ¿estás enfermo o qué?; no dije nada, esperaba que me dijera que había un muerto en la colonia, pero nada, no quise hablar; tomé un vaso de leche y salí, afuera la vida seguía su curso, la gente regresaba de misa y del mercado.

Es un buen día para morirse, pensé, nadie se da cuenta.

Sam pasó con su balón.

—Vamos a la cancha de atrás —me dijo.

—No sé, Samuel, no tengo ganas.

—Oh, vamos no seas cabrón.

—Ahí te alcanzo.

—¿Qué vas a hacer, güey?

—Nada.

—Pues vente.

Empecé a caminar detrás de él, lentamente, así puedo regresar corriendo, me dije. Cuando pude ver la casa del muerto, me di cuenta que la puerta estaba cerrada; un gran alivio recorrió mi cuerpo por unos segundos, pero no que-

ría pasar por ahí; me detuve en medio de la calle, dudando, pensando.

—¿Qué te pasa?, ¡muévete! —dijo Samuel.

Entonces di un paso y luego el otro, pero... cuando pasamos junto a la puerta... salió la voz.

—Alguien que me ayude...

Se me pusieron los pelos de punta y corrí como desesperado; en la cancha el equipo me vio llegar y se quedaron pasmados.

—Oí, oí, oí la voz del muerto, les dije.

Entonces Esteban empezó a contar que la noche anterior fue una noche de sustos; que al filo de las doce empezaron a escuchar una voz lastimera pidiendo ayuda; se erizaron todos en su casa, esperaron y la voz seguía; al ver que no paraba salieron a la calle con garrotes y lámparas; poco a poco salieron más vecinos y siguieron la voz; era el viejito de la casa —el que no se puede mover—, algunos ojetes lo habían dejado en la puerta, se había desmayado y despertó a media noche.

Entonces pude respirar.

Se acercó Heri y me dijo al oído: pues para mí, ese cabrón ya está muerto.

Y era verdad, aunque siguió respirando tres años más.

El Gumaro

Me daba miedo verlo, a veces se sentaba en la banqueta y parecía que no estaba ahí, sus ojos vidriosos se iban a otro mundo.

Está mariguano, decían las señoras al pasar y apuraban el paso; yo pensaba que se había perdido y que en cualquier momento podría regresar y hacernos algo.

En realidad era parte del paisaje, nunca antes habíamos tenido en el barrio a alguien que se quedara tirado horas y horas en la banqueta; de hecho, al principio se sentaba sin ver nada, ahora creo que sólo esperaba. Su lugar favorito era la esquina entre Jacarandas e Hidalgo, la calle que pasa a un lado de la iglesia y va por el panteón, pero que irremisiblemente termina en el corazón de mi caserío, el lugar de los sueños.

Mi mamá a veces me mandaba con un taco: anda llévase-lo, pobre, ha de tener hambre y está solo; y allá iba yo con mi miedo por delante, sólo estiraba la mano y él agarraba el taco envuelto en una servilleta o un pedazo de papel de estraza en el que envuelven las tortillas.

¡Gracias, ése!, me decía y se quedaba como las estatuas de marfil, con su taco en la mano viendo hacia la calle que viene del centro.

¿Qué es lo que pasa por la cabeza de un hombre cuando se apaga la luz?, ¿cuando se baja el *switch*?, ¿dónde está el numen de la vida?, no lo sé; pero ahí estaba el hombre caído, un día que Dios estaba enfermo.

A veces caminaba sobre la Jacarandas, nunca supe si iba o venía de alguna parte, sólo caminaba.

Uno de esos días de noviembre su madre fue a ver a la mía; le preguntaba si me podía dar permiso para ir a cosechar, mi madre me preguntó si yo quería ir, dije que sí; todavía no era ese ripio en que se convirtió, era un joven fuerte, alegre y trabajador. Ellos me dieron un costal y un clavo grande, la punta sobresalía de la palma de la mano, amarré el clavo con hilo cáñamo y nos fuimos a esas tierras de San Luis X. Temprano empezó la faena y terminamos al filo de la noche, la claridad del sol se fue con nosotros en un camión *torton* lleno de maíz; íbamos acostados sobre las mazorcas y entonces empezó a cantar una canción: *si nos dejan, nos vamos a querer toda la vida*.

Sé que salió de la primaria, tres, cuatro años antes que yo, pero ya no fue a la *secun*, no quiso ir. Se buscó trabajo en un taller de hormas para zapatos; llegaban las hormas y él cambiaba el estilo de la punta, a veces eran chatas, las cortaba con una sierra banda de un lado y otro, quedaba una punta como de flecha; luego pegaba pedazos de madera con pegamento blanco y al otro día ya se podían trabajar. Primero, la sierra banda cortaba de forma tosca el nuevo modelo, lo paraba sobre una plantilla y le daba hasta que quedara; luego iba a la lijadora, el aserrín minúsculo cubría el taller y se metía por todos lados, se paraba en las pestañas y en los pelos de la nariz.

Tres años de trabajo, ya era casi un experto, entonces sucedió: el mundo se fue al carajo un día de tantos.

—No quiero a esta puta en mi casa —le decía su padre una tarde de invierno.

Y es que él se había llevado a la Lupe, la que nunca se había casado, la que dicen que por su culpa dos hombres se habían matado; pero eso no era lo grave, la Lupe trabajaba en una fonda del mercado, salía hasta que terminaba de lavar el último plato, a las once y media o las doce de la noche; algunas veces su mamá iba por ella, pero ese día no fue. Lupe no llegó en toda la noche ni al otro día ni al otro; unos ojetes de un micro se la habían llevado a un cuarto en una vecindad, la metieron en la noche y nadie se dio cuenta; la dejaban amarrada y con una cinta canela en la boca que le daba vuelta a toda su cabeza. Su madre la buscó por todos lados, pusieron letreros con su foto, pero se la había tragado la tierra.

Diez días después, una mujer de la vecindad oyó ruidos en el cuarto donde estaba la Lupe, con el codo había estado golpeando la cabecera de la cama donde estaba amarrada; dieron la voz de alarma y fueron a abrir. Tenía un ojo casi cerrado por los golpes que le habían dado, moretones en todo el cuerpo y herido el corazón, noche tras noche los tres miserables la habían abusado.

Llamaron a la policía, la revisó el médico y la mandaron a su casa. Nunca agarraron a los tres gañanes, se desaparecieron un rato, pero regresaron; se les veía cómo andaban licando, nomás viendo carne fresca, pero nadie hacía nada.

No volvieron a agarrar a la Lupe, su vientre empezó a crecer al cabo de algunos meses; después de tanto, a su hijo le puso Juan Pablo.

Esa tarde lo había dejado con su madre y estaba ahí sentada en la sala, oyendo como peleaban el padre, la madre y el Gumaro en la cocina.

—¿Cómo se te ocurrió, qué estás pendejo o qué?

—Cálmate, Laureano, se te va a subir la presión —decía su madre.

—Primero muerto que ver a mi hijo con esta puta.

—Papá, ya bájale.

Laureano se llevó la mano al pecho y cayó fulminado.

La Lupe se tuvo que ir a su casa ese día, pero regresó. Un mes después habían pasado los nueve días de Laureano, ya se había rezado el rosario cuando entró el Gumaro del brazo de la Lupe. Nadie dijo nada, el silencio selló todo; el infierno se había abierto y jamás se cerraría.

Pasaron semanas, el Gumaro se iba al taller como en los mejores días, la Lupe hacía la limpieza y la comida; empezaron a dirigirle la palabra: si serás pendeja, limpia bien la cocina, no pasaste el trapo por el cuarto; ya ni la chingas, pinche Lupe, le dejaste caer el cloro a mis pantalones de mezclilla, además de puta, pendeja; eres una culera, por tu culpa se fue mi jefe al cielo.

La Lupe aguantaba vara, pero lo que más le calaba era que le echaran la culpa de la muerte de Laureano, su suegro.

—¿Y si nos vamos con mi mamá? —dijo la Lupe un día de cansancio.

Pero sólo respondió el silencio.

Seis meses después la Lupe reventó, ya no puedo vivir aquí, ¿te vas conmigo o te quedas?, le dijo al Gumaro; él guardó silencio y la vio partir con una bolsa del súper donde metió su ropa: dos pantalones y tres vestidos que el Gumaro le había comprado en el tianguis de los lunes.

Hasta que se fue la muy puta, dijeron sus hermanos, nada más vino para que se muriera mi padre. Es mejor así, ya éramos el hazmerreír del barrio; de la que te libraste, carnalito.

El Gumaro hizo gran alboroto, culeros, ojetes, hijos de la gran puta, ustedes la corrieron.

Aquí la voy a esperar, dijo y se sentó a ver cómo se acababa el mundo.

Dejó de ir al taller y llenó su vaso de bacardí blanco con coca, tres, cuatro días; seis, siete meses: la Lupe jamás regresó.

El Gumaro se fue borrando, como esas manchas de aceite cuando llueve, que se ponen de colores pero se desvanecen sin remedio.

Entonces tomaba leoncito con agua; ya no fumaba marihuana, se compraba un cuarto de tiner, activo o resistol cinco mil y se sentaba en la esquina a inflar una bolsa de plástico amarillenta o a inhalar de su estopa.

Conservó por mucho tiempo ese cuerpo de trabajo de años, como si hubiera ido al gym; sus brazos musculosos daban temor, pero más su aliento, su mirada.

Los primeros meses su madre y sus hermanos iban por él, lo encontraban siempre tirado en la esquina, babeado, cagado y se lo llevaban, lo bañaban y lo afeitaban, le cortaban el pelo; pero el Gumaro regresaba a la esquina, se sentaba y esperaba con sus ojos idos, perdidos.

Tres años después, de alguna forma se dio cuenta de todo: la había perdido para siempre y dejó de esperarla, entonces se iba a vernos jugar y hasta se echaba su cascarita, al principio decíamos que el Gul era de chocolate, pero le echaba ganas, sudaba la gota gorda en la cancha, echaba desmadre con nosotros; pero al final pedía unas monedas y se iba por ahí a comprarse algo, aguardiente o cemento, sólo despertaba algunas horas en el día.

Cincuenta centavos, un peso, cualquier moneda era valiosa; el Gumaro juntaba de aquí y de allá cinco, seis pesos, lo justo para el siguiente pomo.

Las monedas que a ti ya no te servían, esas de a diez o de a veinte centavos, para él eran oro molido.

Su familia se cansó; un día simplemente ya no fueron por él, lo dejaron a su suerte y se quedaba en cualquier parte. Uno a uno abandonaron la casa; no sé a dónde se fueron, nadie lo supo, la última fue su madre, que también se consumió poco a poco, como si una parte de la mota, el cemento o el tiner hubiera ido a sus pulmones; sólo recuerdo su cabello blanco en una trenza, no había quedado nada de esa mujer que dirigía la cosecha unos años antes: fuerte, alta, dura a veces, pero tierna; no volví a verla.

El Gumaro se puso triste unos días, cada pérdida era un cachito más que se le caía a ese cuerpo de roble que alguna vez tuvo, al menos en apariencia.

Pero la suerte estaba echada y no había vuelta atrás; así es esto, un viaje sólo de ida o de huída, no hay regreso, ya no hay más nada.

Un día lo ví venir con un palo de escoba; me dije, qué pedo con su vida. Ahí venía el Gul en medio de la calle moviendo el palo de un lado a otro, qué mamón o qué cabrón, ¿a dónde va?

Pero no iba a ningún lado, se sentó en la esquina de Jacarandas y la Hidalgo, como si nada.

—¿Quién apagó la luz?

Decía cuando le preguntábamos, ¿qué tranza Gul, cuál es la onda?

Pero ahí se quedaba horas y horas, como antes, esperando; sus ojos se quedaban fijos en la Hidalgo, buscaban, no sé qué; ya no esperaba a la Lupe, eso era claro, pero esperaba algo. Fue la primera vez que pensamos: ya se lo cargó el payaso.

Él decía que no había pedo, que ya le había pasado cinco, seis veces antes; que de pronto, sin decir agua va, San

Pedro metía la llave por la cerradura y abría la puerta, dejaba entrar la luz; era como cuando en el catecismo contaban el génesis: que se abran los mares dijo Dios y apareció lo seco, que se separen las tinieblas de la luz y apareció el día y la noche.

No había de otra, sólo Dios quita la luz y la regresa, pero el Gul jamás volvió a ver ni una pizca de nada; sus ojos se apagaron para siempre.

Se levantaba por la tarde, cuando el frío empezaba a calar; se iba a su casa, como un pistolero del oeste, como *Clint Isgud* o el llanero solitario que dejan su caballo amarrado en el estercolero, el Gul dejaba su palo de escoba recargado en la entrada de su casa. Con un paso adentro era otra vez él, cual si hubiera recobrado la vista fijaba en su memoria cada silla, cada sillón, cada mesa, cada adorno en la pared y era ese pez que jugaba en la pecera haciendo burbujas de amor.

Entonces llamaba a Luis, a Rogelio, a Armando, a Margarita, a Teresa, a Paulina, su madre, pero el silencio lo decía todo: estás peor que un perro solitario, callejero; y se dejaba caer en un sillón de mimbre, el mismo que su padre mecía al ver la televisión; el mismo que dejó para levantarse furibundo cuando lo vio entrar con la gran puta, la ramera mayor; aquélla que iba a perder al mundo como Sodoma y Gomorra; la que no tenía perdón de Dios; la que estaba entrando del brazo de su hijo; así fue el último giro, la última superficie que tocaron las manos de su padre.

Y se ponía a llorar como lloran las madres cuando ven por primera vez a su hijo parido, como el llanto de los borrachos cuando recuerdan a su madre muerta, con el llanto simple y sencillo del que ha sido abandonado.

Ahí se quedaba. El tiempo lo dejaba descansar unas horas, el frío lo despertaba a las cuatro, cinco de la mañana y se sorprendía que pudiera ver; todo estaba ahí, como el primer

día; llegaba al refri y lo abría con gran desesperación, siempre esperaba encontrar una cerveza bien fría, pero el refri estaba vacío. No había más nada, ni un bote de crema, ni una mermelada, ni un cartón de leche vacía, ni una salsa, ni unos chiles en vinagre, sólo estaba vacío.

La sed lo mataba, la garganta era un puñado de arena que se llevaba el viento.

Más valía estar muerto, dijo y se puso a esperar.

Pasaron meses, años, pero el Gul seguía saliendo con su palo de escoba. Los vecinos le llevaban comida a su casa; algunas almas caritativas la iban a limpiar, sobre todo cuando al pasar por la calle te llegaba ese olor inconfundible a mierda, a putrefacción. No fueron las hermanas de la caridad o las trinitarias, fueron María y Ángela; habían ido con él a la primaria, siempre dijeron que era el más guapo del grupo, a sus casi quince años cuando salieron.

Allá se les veía con sus cubetas y escobas en ristre, con una bolsa de jabón y con el deseo de que el mundo fuera de otra forma, pero sólo lograron cambiar la casa del Gumaro, que ya era decir mucho.

Ya no iba ni a la esquina; la Jacarandas y la Hidalgo ya no fueron las mismas sin él, su alma se había ido para siempre.

La María le llevaba comida los domingos, la Ángela los jueves y los demás cuando podían; las puertas de la casa del Gul estaban abiertas siempre.

A veces lo encontrábamos en la calle, iba con su palo de escoba y una garrafa; ya no era necesario el palo, se sabía de memoria cada protuberancia de la calle, cada bache, cada recoveco; aquí se va a levantar el pavimento, decía cuando sus pies tocaban algo, aunque nadie lo oyera; a güevo, si por eso tengo ojos en los pies, decía cuando pasaba dos días después y el bache se había abierto.

Allá venía el Gul, con su garrafa de tiner, con su cuarto de cemento, con su leoncito, con lo que le diera su chingada gana, y era de nuestros camaradas. No faltaba el partido de fut en que después de hacer la vaca, de comprar algo para beber, no se guardara el cambio, para el Gul; y allá iba el capitán del equipo, con un chesco o una caguama y el cambio, qué pasó, mi Gul, aquí te manda esto la banda; el Gul se ponía feliz, como el chavo del ocho, se levantaba en medio de la oscuridad y saltaba.

¿A dónde te fuiste Gul?, ¿qué caminos quieres andar?, ¿cuándo va a abrir la puerta de la luz San Pedro?, ¿a dónde vamos?

Un día entró la Ángela y lo vio en el sillón de mimbre, puso su cubeta en el piso y sacó la escoba y el melenudo; otra vez te quedaste en el sillón de tu padre, dijo y como Pedro por su casa se puso a hacer lo suyo; pero Gul ya no la oyó, ya no la volvería a oír. La Ángela hizo todo, limpió cada rincón, se esmeró como nunca mientras le hablaba a ese pedazo de hombre que había muerto en medio de la noche, cuando todos dormimos. Se acercó para despedirse y se dio cuenta: el Gul se había ido en la bolsa de cemento que tenía en las manos. Al menos murió acá, en el *pasón* dijimos nosotros, pero la Ángela dio un grito seco, ahogado y se dejó caer como quien ha perdido algo valioso: una madre, un padre, un hijo; se repuso y salió corriendo sobre la Hidalgo gritando: no, no, no, está muerto, está muerto.

Poco a poco salimos a la calle; era un siete de enero, los niños se acercaron son sus juguetes, los fueron dejando junto al palo de escoba del Gul, junto al caballo.

Rezamos un rosario, la María y la Ángela eran las viudas; sus maridos se habían ido para el norte, a uno de habían metido un balazo y murió en Tijuas, al otro nadie lo volvió a ver; sólo tenían al Gumaro.

La banda se acercó como quien no quiere la cosa, llevaban el balón, pero además, alguien sacó un botecito del cinco mil; juntamos una vaca y mandamos por su leoncito; lo paramos junto a los cirios y trajimos el tiner pero lo dejamos afuera junto al corcel, no fuera a ser que le diera frío y se quisiera calentar con las flamas.

Nunca hemos vuelto a enterrar a nadie así. O al menos nunca lo he visto.

Cuando regresamos del sepelio llegamos todos a su casa; una casa fría, como una cripta, como una tumba en que íbamos a pagar nuestras desventuras; los charales con romeritos se habían hecho desde la mañana, mientras nosotros picábamos piedra haciendo la sepultura del Gul. Llegamos, comimos y nos veíamos a las caras, como si no nos conociéramos. Por eso me levanté, salí a la puerta y vi junto a los juguetes a ese caballo blanco que hemos visto junto al Llanero Solitario; le puse el fuste que estaba en el corredor donde lo había dejado el Gul y salí a galope.

Si algo somos es movimiento, vamos en este caballo que nos lleva al paraíso, ¿verdad, Gumaro?

David

Siempre se preguntó por qué le habían puesto David, sobre todo cuando conoció la historia en que el futuro rey David se enfrentaría contra Goliat el Filisteo, gigante que se paseaba en el frente cuando la guerra era un duelo entre caballeros.

Una y otra vez se imaginaba esa mañana entre los campos verdes cuando el pastor David llevaba las viandas al capitán de los hebreos y veía cómo ese gigante rugía y pedía un voluntario para darle fin a la guerra, así, entre dos.

Ahora, en esa cama de hospital, David ya no busca respuestas, sabe que tiene que luchar contra un gigante, sus riñones están deshechos y sólo espera, no hay salida, un trasplante o la muerte.

En su cabeza suena lenta, suave, la palabra muerte y piensa que ya es suficiente, no estamos hechos para resistir tanto.

Todo empieza un día, te despiertas y sientes el bajón, no sabes qué es. Un desvanecimiento en la oficina fue el aviso de que ya estaba avanzado, los riñones no dejan de funcionar de un día para otro, eso es claro, pero uno no se da cuen-

ta hasta que ya es demasiado tarde, las toxinas han llegado a tal nivel que el cuerpo casi envenenado cae, la creatinina alta puede ser mortal.

El medicamento es insuficiente, el diagnóstico no puede ser más desalentador, una salida temporal es la diálisis.

Entonces te instalaron un tubo en el costado derecho a la altura del abdomen, todo es simple, dolorosamente simple, una bolsa de un líquido amarillento se conecta al tubo con una manguerita y se cuelga en un perchero, poco a poco el líquido de la bolsa desciende y se mete por el ducto instalado en la piel.

Nunca más podrás dormir a pierna suelta, eso decías cuando fuiste padre, siempre velando por los hijos, pero era otra cosa, ahora no puedes darte vuelta en la cama, sólo puedes estar en un costado y boca arriba.

Ves cómo se vacía la bolsa y sientes el líquido en la panza, te mueves ligeramente y el líquido se esparce, es el peritoneo, está lleno. No sabías cómo se llamaba esa como bolsa que cubre los órganos internos y que se infla, por ahí circula el líquido, sientes la panza llena y el estómago vacío.

Debes tener cuidado con una peritonitis, hay que lavar todo con detergente, cortar las uñas, calentar el líquido de las bolsas a veintisiete grados, nadie querrá sentir algo frío en las entrañas.

Ese líquido absorbe las toxinas, después de un tiempo dentro hay que sacarlo, ahora pones la bolsa en el piso y poco a poco el líquido baja, un alivio recorre tu cuerpo, mientras ves por la ventana la claridad, sabes que más allá el pasto está soleado, los setos cortados y el agua gira en la regadera.

Recuerdas los partidos de fútbol, la liga juevesina, tu equipo era el Juventus, cada jueves por la tarde llegabas al

deportivo y veías el pasto, sólo había un poco detrás de la portería que estaba verde, le alcanzaba el agua de la alberca; ahí te cambiabas y dejabas tus cosas, tu mochila.

Pero ahora es sólo recuerdo; sabes que el recuerdo duele y duele mucho, duele como un día perdido en medio de la estupidez.

Has ido de un hospital a otro, te han instalado una máquina. Por las noches entra y sale el líquido, despiertas y parece que todo está bien, vas a trabajar, el ánimo es otro. Por dentro la destrucción sigue, y en tu corazón.

Qué va a ser de Salomón, tu hijo, qué va a ser de todos, y tu madre que es un roble, ¿acaso se partirá en dos?

Hay dos dolores, dos tristezas que parecen una, y de pronto un rencor, contra todo, contra la vida, ¿por qué yo, Dios mío, por qué no me apartas ahora mismo del mundo?

Las cosas empeoran, no hay salida, al final del túnel una luz: el trasplante.

¿Quién?, ¿de dónde va a salir un riñón?

La lista en espera por un órgano es infinita, al ritmo que vamos para cuando te toque habrán pasado veinte años.

Te derrumbas otra vez, te dejas caer. A la chingada la vida, dices y te das cuenta que somos como niños perdidos a la sombra de Dios o una presa del diablo.

La luz es una esperanza, ahora lo sabes, la luz de cada mañana te reconforta y das gracias, un nuevo día siempre es una bendición.

Sólo tenemos una cosa, si podemos estar seguros que tenemos algo, es la familia; uno a uno tus hermanos han ido al laboratorio, pero uno a uno sus riñones han sido descartados, por una u otra razón no son viables.

La esperanza se cae, así es la enfermedad, la esperanza que renace cada día es la misma que muere al atardecer, hay que buscar en otra parte.

Y seguimos buscando.

Algo te dice que ya basta, para qué es la vida si no para sufrir, de dónde sacamos fuerza si no del corazón.

Empiezas a despedirte de todos, primero de tu madre, las lágrimas salen así, de repente cuando le dices: mamá, ya vivimos, y te abraza fuerte y te dice mi niño y te arrulla como esos días en que nada podía pasarnos porque estaba ella.

Si tenemos que irnos hay que hacerlo bien. En paz con el mundo y con nosotros mismos.

Uno a uno van pasando: tu esposa, tus hijos, tus hermanos, tus sobrinos.

Y te dispones a esperar la muerte, no hay otra cosa qué hacer, como quiera llega a tiempo.

Viene la segunda generación, tus hijos, tus hijas, tus sobrinos, hay voluntarios, si alguien puede dar un riñón, son ellos. Los médicos buscan, una y otra vez buscan y encuentran, al fin hay uno que puede salvar tu vida.

La duda se apodera de ti, la juventud te puede dar otra oportunidad pero ¿si pasa algo?, ¿si algo sale mal?, ¿si el donador no sale bien? Te aferras a la vida pero no quieres más sufrimiento, no para otros.

La operación dura horas, despiertas y te dicen que todo está bien, fue un éxito, ¿qué es eso de éxito?, cómo no va a ser un éxito si alguien cercano ha donado un riñón para ti.

La recuperación es lenta, ella sale poco a poco, pero en firme; en cambio tú, no sabes qué va a pasar, el miedo llega de pronto, está esperando detrás de la puerta cuando te dejen solo, está ahí listo para morderte, para lacerarte, para hundirte.

¿Si hay rechazo?, qué va a pasar si hay rechazo, si por dentro el riñón se deshace como un terrón de azúcar, si el cuerpo lo persigue y lo aniquila.

No hay nada qué hacer, sólo esperar. Si habremos de vivir, viviremos –dices y te abandonas a la voluntad de Dios, insondables son sus designios.

¿Cuántas veces viste a la muerte de cerca?, ¿cuántas veces te abandonaste a la desesperación?, ¿cuántas veces te resignaste a lo inevitable?, ¿cuántas?

¿Acaso será la última?, ¿esta infección con un riñón nuevo te matará?, los médicos hacen todo, suben, bajan, entran, están pendientes, ha pasado lo más difícil, dicen, esto es una complicación normal, ¿qué es normal?, morirse también es normal.

Abres los ojos, tocas tu abdomen, a un costado, ya no hay nada, sólo una cicatriz. Hace meses que te cosieron, pero soñaste el mismo sueño, estabas ahí, en el hospital, la diálisis, ese tormento diario y la desesperanza.

Te levantas y respiras profundo, abres la ventana, el sol es otro, el mundo es otro, tenemos que agradecer por la vida, todos, uno a uno, tenemos que agradecer.

El trabajo te espera, te esperó siempre, unas semanas, apenas tienes unas semanas y te sientes como nuevo, bajas las escaleras silbando. Sales de tu casa como cualquier día, como hace años, subes a tu auto y pones la radio, vas despacio por las calles de esta ciudad, nunca te gustó correr.

Sales a una vía, no es rápida pero conecta a esta ciudad con un pueblo, de pronto lo ves, un auto está rebasando justo frente a ti, viene en sentido contrario, a toda velocidad, pones el freno pero ya es tarde.

La gente se para, se acercan, preguntan si estás bien, dices que sí, que no sientes nada, llamas por teléfono a tu oficina, pides que no se alarmen, estás cerca, a diez minutos, llegan antes de la ambulancia, tienes los ojos cerrados, pero los abres, no me pasó nada dices; no te apures, ya viene la ambulancia te dicen, pero apenas escuchas.

Moisés Zurita Zafra

No me pasó nada, sólo tengo sueño, mucho sueño... dices, cierras los ojos y duermes, el sueño siempre es feliz, tus ojos se mueven bajo los párpados, jamás volverás a abrirlos.

Cierro los ojos, me voy

Me llamo Suly, pero mi abuelita quería que me llamara María o Guadalupe, como la virgen. Nací en la tierra del sol, allá las montañas tienen colores: rojo, azul, verde; en algunos lugares hay pocos árboles, en otros nada, pero la tierra tiene ese color, azul, rojo o verde.

A mí me gustaba jugar con una muñeca que me compró mi papá; la llevó desde Huahuapan uno de esos días de plaza, era una muñeca de plástico que cierra sus ojos cuando la acuesto; así le hacía yo, me acostaba y cerraba los ojos junto con ella, entonces soñaba, me veía lejos, en un lugar diferente, aunque las casas eran también de teja, roja como el barro.

Mi mamá vende ropa, ella misma la hace, borda las blusas y yo le ayudo, bueno, sólo estoy junto a ella; a mi muñeca la siento y le digo: aprende, Margarita, cuando seas grande tienes que hacer blusas y bordarlas, pero ella me contesta que no, que ella quiere hacer otra cosa, ir a la escuela, ser alguien; yo me le quedo viendo y le digo que qué es eso, ella nada más sonríe y responde: ya lo vas a ver.

Cuando llegué a Chapingo la traje conmigo, tenía puesta la blusa que mi madre me ayudó a tejer; los primeros meses fue mi compañera, le contaba todo lo que me pasaba, que ya me quería regresar, que no aguantaba, que extrañaba a mis padres, el olor de la tierra por las mañanas, los cantos de los gallos cuando amanece y el de los grillos al atardecer; en las noches salía a ver las luciérnagas, pero aquí sólo veía el resplandor de la ciudad de México.

Ella sabe todo, de mi cabello largo y negro que todos veían, de mis tareas a la carrera, de estudiar para el examen, de no dormir pensando cosas que una piensa así nomás, porque no tiene quehacer.

Mi muñeca se fue a un rincón; no fue un día, sino poco a poco. Primero le contaba de él, que lo veía, que me hacía sentir no sé qué aquí, en la panza, donde está la boca del estómago; primero eran, como dicen mis compañeras, mariposas, pero luego era un dolorcito que se hacía fuerte, insoportable.

Yo no había tenido novio. Bueno, en la primaria o en la secundaria a veces recibí una cartita, pero esto es diferente, porque aquí se te mete dentro del alma; no sé cómo, pero sabes que este es el amor verdadero y que será para siempre.

Nunca querré a alguien como a ti, le dije, y era cierto.

Anduvimos mucho tiempo, casi toda la vida. Íbamos al comedor, a los bailes; los fines de semana salíamos a pasear, a Chapultepec o al cine; a veces me llevaba a su casa, su mamá vive cerca de la escuela, como a una hora, pero no me gustaba ir allá; me veían diferente, creo que no le gustaba que fuera con su hijo.

Un día quise ser distinta, me corté el pelo y dejé de usar las blusas de mi pueblo; entonces me ponía pantalones de mezclilla y blusas de colores, pero todo siguió igual.

Él andaba con varias muchachas; no sé cómo es eso, un día me veían con él y otro ellas andaban a su lado, eso me daba mucho coraje; terminamos varias veces, pero siempre regresaba, me mandaba cartas, él, que siempre dijo que no era de los que escribieran cartas de amor; me decía que estaba arrepentido, que yo era la única en su vida, que no podía vivir sin mí. Entonces yo lo aceptaba otra vez, era como un niño indefenso que lloraba y no tenía dónde ir; lo abrazaba con fuerza y lo besaba, cuidando que no salieran más sus lágrimas; éramos felices, no le puedes pedir más a la vida.

Uno de esos días me invitó a un baile. Fui a comprarme ropa a Texcoco, estaba contenta, me pinté, me vi al espejo y me di cuenta que era bonita, me puse roja.

Ese día bailamos mucho y yo pensé que así sería para siempre; esa noche quedé embarazada.

Una no sabe nada de eso, sólo ocurre que no llega la regla y entonces a preocuparse; la angustia crece día con día, una espera que no sea cierto, que sólo sea un retraso; luego piensas que lo mejor es no tenerlo, que va a ser duro, primero con tus padres y hermanos, luego toda esa familia que muchos tenemos, grande y crítica.

Y luego piensas en él, qué va a decir.

Se enojó mucho, como si lo hubiera hecho yo sola a propósito. Él quería que abortara y al principio yo también, pero era mucho dinero que yo no tenía y no quería decirle nada a mis padres.

Las vacaciones se me hicieron largas y al pasar los días ya no se podía; me conformé con tenerlo y lo empecé a querer; y cómo no iba a quererlo si me sentía mal, los mareos y la náuseas eran terribles, el bebé no hallaba su lugar.

Entonces él empezó a salir con esa niña.

Me sentía muy mal porque llevaba un hijo suyo y él andaba con otra; lo que más me dolía es que no quisiera a su

hijo, que lo negara; bueno, me acompañó a los análisis, pero a ella le decía que no tenía nada que ver conmigo, que si acaso me acompañaba era por buena gente, nada más.

Ella me lo comentó cuando platicamos en las tejas, se indignó y lloró; esto no puede seguir así, dijo, lo voy a ver en la tarde y nos vamos a ir a su cuarto, entonces tú llegas, a ver qué nos dice a las dos.

Cuando toqué a su puerta su voz salió enfadada, ¿quién?, no dije nada, volví a tocar, ¿quién es?, entonces dije mi nombre; él salió y cerró la puerta, me empezó a regañar, ¿qué haces aquí?, por dentro ella tocaba la puerta, déjame salir, decía.

Tocó con más fuerza y la puerta se abrió, no sabía qué hacer, las voy a hacer que se traguen sus palabras.

Él negaba que fuera el padre de mi hijo; yo le dije que hiciera lo que hiciera eso no cambiaría jamás. Fue cuando me lo pidió como esos días en que era como un niño, por favor, di que no es mi hijo, si no voy a perderla; pero yo le dije que no podía negarlo, si a él lo avergonzaba, yo sentía orgullo por ese hijo suyo que llevaba en las entrañas.

Gritó, maldijo, escupió; ahora sí maldita, nos llevó la chingada a todos.

Un golpe en el rostro me hizo caer, luego las patadas; yo protegí a mi hijo, no decía nada, ni una queja ni el llanto, él enfurecido sólo gritaba: di que no es mi hijo, di que no es mi hijo; pero sólo respondía el silencio.

Abrió su clóset y sacó una pistola, jamás la había visto; un hilito caliente me atravesó el rostro, el dolor se había ido.

Me recosté suavemente y cerré los ojos; otra vez estaba ahí, con mi muñeca; en casa de mi madre: sí, Margarita, yo también quiero ser alguien, ir a la escuela, estudiar mucho... y soñar que soy feliz...

Cierro los ojos, me voy

Entonces, me acosté junto a ella y cerré los ojos... sigo soñando.

Alguien te busca en el espejo

Jamás había pasado por mi cabeza la idea de cerrar los ojos para siempre, irse de este mundo no es algo que uno vaya pensando cada vez que tiene problemas; sí, a veces digo me quiero morir o trágame tierra, pero sólo es por vergüenza o preocupación.

Me gustaba buscar y buscar, pero ese día encontré un papel en la cartera de Juan Ángel; era una carta de amor, ella le decía: bebé, no puedo vivir sin ti. Yo no sabía qué hacer, pero fui a clases. Alejandra fue la única que me preguntó, porque me vio en mi pupitre con las lágrimas incontenibles; bueno, todos me veían, mis compañeros y los maestros, pero nadie decía nada, era como si no me vieran.

Cuando le platiqué a Alejandra me dijo así, sin más: tómame unas pastillas y verás como viene a verte, y no volverá a irse con la primera cuzca que se le pare enfrente y le sonría.

Empezamos a reír y por un momento dejaron de fluir las lágrimas, ella misma me acompañó a la tienda y me prestó diez pesos, compramos 43 aspirinas y una coca de medio litro; cuando regresamos al salón ya había empezado la otra

clase y le pedimos permiso al maestro para entrar; ¿qué horas son estás de llegar, señoritas?, dijo, y todos empezaron a reír.

Y ahí estaba cuando volvieron a caer unas gotas sobre mi cuaderno, saqué un *klinex* para secar mis ojos y le di un trago a mi coca, después destapé una pastilla y la tomé.

El maestro seguía hablando de las integrales, ya habíamos pasado las derivadas y tomaba mis apuntes, —a veces mis compañeros me los pedían, sacaban fotocopias de mi cuaderno para hacer el examen, así que con mucha atención iba llenando las páginas—, pero abría otra pastilla y me la echaba a la boca, algunas las masticaba y las pasaba con un traguito de mi coca, cuidando que no se acabara antes que las pastillas.

No sentía nada. Terminé las clases y fui a comer con mis amigas, ahí cayeron las lágrimas en la sopa, era de estrellitas, entonces pensé que serían estrellitas marinas por el sabor, mi cara se iluminó con una sonrisa, pero se fue pronto.

Después de comer fui a la biblioteca, empecé a sentir vueltas en la cabeza. Al revisar la base de datos me preguntaba qué hacía ahí, pero no tenía respuesta, buscaba y buscaba.

En la tarde comencé a sentirme mal; mis vecinas de cuarto me llevaron a la unidad médica y ahí me revisaron, les dije que no sabía qué me pasaba, creo que es por mi gastritis; me dieron otras pastillas y regresé.

Entonces empecé a volver el estómago; en mi cuarto agarré el bote de la basura y saqué lo que había comido, luego ese líquido amarillo que me quemaba la garganta, viscoso y ácido, como un huevo revuelto en un plato.

Las lágrimas seguían saliendo, pero de mi estómago no salía nada más; agarrándome la panza me serví un vaso de

agua y lo bebí desesperadamente, unos minutos después volví el agua en el bote de la basura.

Así estaba yo, tomando agua y echándola en el bote. Mis compañeras dijeron que no estaba bien y me querían llevar otra vez a la unidad médica; yo no acepté y les dije que pronto se me pasaría, pero claro que no fue así; lo hicieron cuando no me pude parar del piso, mis pies se volvieron de trapo o de atole, entonces me acercaron el agua que seguía bebiendo para depositar en el bote de la basura.

En vilo me llevaron a otra vez a la unidad médica; ahí se dieron cuenta que no era mi gastritis. Me tomé unas pastillas, dije. Los doctores y enfermeras me regañaron y me pasaron a una sala de urgencias; lo último que sentí fue la aguja del suero en mi brazo izquierdo.

Cuando desperté no recordaba mucho, poco a poco vino a mi boca el sabor del agua que había devuelto al final, se había entibiado en mi estómago por unos minutos y había salido con fuerza; me dejó un saborcito a fierro, moví los labios, aún estaba ahí.

Las enfermeras llamaron a la doctora; llegó y empezó a regañarme otra vez, me dijo que me iban a dar de baja de la escuela y pidió los datos para hablar a mi casa.

Me estremecí, las lágrimas abundantes brotaron como una fuente; recordé la imagen de mi madre con sus trenzas, se pondría muy triste y lloraría mucho; y mi padre, me pareció verlo en su hamaca a medio día después de trabajar en la parcela, se levantaría y saldría al patio, a la sombra de los almendros que plantó mi mamá, caminaría de un lado a otro con esa cosa por dentro que no sale nunca.

Les di el teléfono de mi hermana que vive en Tabasco.

Cuando abrí los ojos ya estaba ahí, sentada, esperando; se levantó y se me quedó viendo a los ojos; los suyos, tristes

empezaron a llorar. Se acercó y me acarició el cabello; ay, hermanita, dijo, chapis, chapis... y soltó el llanto fuerte, me abrazó y lloró conmigo, lloró y lloró hasta el cansancio.

Ningún hombre vale la pena, me dijo. Ella quedó en calidad de mi tutora, por eso no me expulsaron de la escuela y, además, porque estuve de acuerdo en asistir con el psicólogo; él mismo le dijo a mi novio y vino a verme, también me regañó: no tengo nada que ver con esa chava, me dijo.

Estuve en la unidad médica una semana, ni Alejandra, ni mis demás compañeros de grupo me fueron a ver.

La doctora dijo que estuve así de morir y me preguntó que si en verdad eso quería; sólo guardé silencio. Es un juego del que tal vez no hubieras salido, me dijo.

Me salvé por el agua que estuve tomando, vaso a vaso me fui alejando de la muerte; aunque yo nunca pensé que era en serio.

Ahora tengo el estómago deshecho, me han impuesto una dieta rigurosa para toda la vida, si como alguna otra cosa los malestares son terribles.

No quiero volver a verte, le dije a Juan Ángel un día que le volví a encontrar otra carta de amor, era de la misma muchacha. Él se asustó porque pensó que yo haría otra vez lo mismo, y una es tonta, muy tonta, pero no como para cometer el mismo grave error dos veces. Así lo pienso todos los días que vengo a comer a la unidad médica, soy una paciente permanente.

Juan Ángel se fue a estudiar lejos, ya no lo veo ni lo quiero. Un día hablé con su novia, le dije que ya no quería odiarla; ella me juró que nunca hubo nada entre ellos mientras andaba conmigo, ¿y las cartas?, le pregunté. Se puso roja. Se las mandé como amiga, me dijo. Está bien, ya pasó todo.

Terminé la prepa y ahora estoy en la universidad, el mundo es otro. Una cree que está sola, y que así sola se va a ir, pero no es cierto: somos una pieza más del rompecabezas, si no estamos jamás podrá completarse.

Eso pienso cuando voy a ver a mi madre en las vacaciones, cuando me siento con ella y preparamos la comida; cuando veo a mi padre que se levanta de la hamaca después de trabajar toda la mañana y se sienta a la mesa para comer. Cuando me dice: hija, quién iba a decirlo, que saldrías de la escuela. Yo le digo, todavía me falta un tiempo, papá. Pero él comenta que el tiempo se va muy rápido, que parece que fue ayer cuando me despedí y me fui a la escuela, tan lejos. Sonríó y una lágrima incontrolable sale de mis ojos.

Me gusta sentarme en el corredor por las tardes, oír el canto de las aves que se arremolinan en sus nidos para dormir.

No es que estemos ciegos, sólo es que, aunque tengamos abiertos los ojos, no vemos —me digo—; mientras muevo el agua del estanque con las manos y mi figura se desvanece por un momento, pero minutos después regresa. ¿Quién eres?, pregunto, pero sólo sopla el viento.

Dulce Carolina

Tal vez fue un jueves, quizá sí. A veces me iba por esos andurriales y pasaban días, muchos días, entonces, después de tanto, regresaba y la vida seguía su curso.

A dónde podemos ir si siempre nos llevamos a nosotros mismos, ¿acaso hay un descanso?

Encontré a Heriberto y tenía un moño negro en el brazo. Uno no piensa nada, nada ocurre así de pronto. Lo ví en el comedor, nos acomodamos en la mesa donde ya estaban todos; si no todos, sí varios compañeros del grupo. Me salió de forma natural: qué onda contigo, ¿acaso se murió tu gatita?

El silencio fue absoluto, las cucharas dejaron de moverse, parecía que de otras mesas también esperaban algo, el zumbido del elevador de las charolas se oía a lo lejos: tzum, tzum, tzum... Heriberto sonrió y movió la cabeza hacia abajo, así de pronto todo volvió a la normalidad.

No recuerdo qué hice toda esa semana, muy a lo lejos veo marchas, guardias, pintas... el mundo era otro, se ha ido.

Hay cosas que no entiendo, que uno piensa y piensa sin salida, pero pasan, después del comedor fuimos a clase, qui-

zá fue ahí, quizá más tarde, no lo sé; ¿por qué nos fascina el silencio?, ¿por qué no podemos hablar del dolor?

Sin duda Mariolín se acercó y me dio la noticia: Carolina ha muerto...

¿Eso es todo?, ¿uno se muere y ya?, ¿un día cualquiera, un lunes a las ocho de la mañana?

El silencio es incontestable.

La recuerdo con su cabello negro, quebradizo, hasta los hombros; su tez clara, su sonrisa limpia, su figura esbelta.

La recuerdo en el comedor y en los salones de clase; esos prefabricados en donde entraba el calor y no se iba en horas, nos abrazaba y el sudor recorría la frente, las comisuras. Realmente era angelical, tenía esa magia de la que uno se enamora o más bien todos, Heriberto, yo...

Al llegar a la escuela de ese lunes, iba cruzando la calle y un auto se pasó el alto, la arrolló, murió en poco tiempo. Todo había pasado pero en mí recién había muerto, un jueves a media tarde.

Uno llora porque no tiene consuelo, porque la vida es frágil, porque cerramos los ojos apenas y tal vez no los abramos nunca, porque en el fondo uno se quiere morir, de una buena vez para que todo acabe.

La tarde se puso gris, el calor de otros días se fue de un momento a otro, el aire movía las ramas de los árboles y yo estaba ahí parado en medio de la nada, todo se había detenido.

Es verdad, uno espera un abrazo, que otras lágrimas acompañen a las tuyas, que tu dolor no sea el único, aunque sea el más fuerte, intenso, insoportable; pero ya era tarde, desde ese día todo fue tarde.

Las gotas empezaron a caer, por fin el cielo conmovido se vino abajo.

¿Sabes dónde está su tumba?

Entonces preparamos todo: una guitarra y un par de cirios casi consumidos en horas de insomnio. Salimos entre las gotas y un aire frío, el temblor de mis piernas y mis brazos era evidente.

Somos apenas un suspiro, un resuello, una bocanada de aire, de sol, de sombra, de humedad.

Somos un recuerdo, una idea, la idea de que estamos vivos; somos un sueño que alguien padece una noche cualquiera pero al llegar la luz despierta, es decir, morimos.

Vamos por los charcos que la lluvia ha ido dejando apenas, nuestros zapatos se han llenado de agua, vamos hablando, no sé de qué pero vamos hablando, nuestras voces lo cubren todo, ¿acaso es mi voz?, ¿es posible que sólo yo vaya balbuciendo?, ¿será que voy solo en medio del desierto?

No, Mariolín va conmigo, vamos sobre las vías, hace mucho que pasó el tren, no volverá sino hasta mañana.

Los durmientes son resbaladizos, la piedra caliza donde se apoya se ha desbalagado. La tarde ha caído y la lluvia ha pasado, un aire que cada vez es más frío nos envuelve, a lo lejos, ¿acaso habrá granizo?, ¿o es sólo el frío que se mete hasta los huesos cuando la muerte se acerca? Vamos caminando en esta vía recta en medio de la noche, no hay duda, el sol se ha ido y nosotros seguimos.

En esta parte del pueblo la oscuridad es casi absoluta, llegamos al panteón y las nubes que cubrían el cielo se mueven, dejan ver las estrellas y una tímida luna aún se esconde, pero no por mucho tiempo.

Entramos por un pasillo cualquiera, el panteón es blanco, todo se ve como si tuviera luz propia, las lápidas están pulcras, se pueden leer los epitafios, la fechas, el recuerdo de los hijos, la esposa... aquí no pasa el tiempo. Aquí está, en una orilla, parece que la tierra recién se ha puesto sobre la

sepultura, si no fuera por las flores marchitas diría que hoy la enterramos.

Para mí, hoy es el día de su muerte, le digo a Mariolín y nos embarga el silencio. Prendo los cirios, el aire inclemente los apaga pero los vuelvo a prender, una, dos, mil veces si es necesario y lo es, ¿por qué duele tanto la muerte?, ¿por qué el corazón se abandona?

La guitarra está ahí, sólo nos acompaña, si acaso salen un par de notas pero más nada, es como otra persona que guarda silencio en medio de la noche.

El cielo ha quedado limpio, está estrellado y la luna tiritita, tiene frío, se le ve a las claras, nuestra ropa no se ha secado, o sólo en alguna parte; y nuestro corazón sigue igual, con pesadumbre.

¿Por qué no estuve aquí?, me pregunto, ¿cómo fue tu hora?, ¿en qué momento cerraste los ojos?, ¿cómo es que te fuiste para siempre si sólo tenías dieciocho años?, ¿qué vamos a hacer sin ti?, ¿acaso podemos hacer algo?

Los cirios casi se extinguen, han pasado horas y horas, mucho tiempo en silencio, en un diálogo de una sola voz.

Volteo al cielo y veo las estrellas, busco por todas partes ¿dónde estás, dulce Carolina?

Una estrella fugaz desaparece mucho antes de caer.

Es hora de irnos le digo a Mariolín, los cirios se han consumido. Vamos en medio del dolor y del frío, la oscuridad se abre a nuestros pasos; a lo lejos un gallo canta, y mi alma no se contenta con haberla perdido.

Vamos Mariolín, mi guitarra y yo, en medio del silencio; así es la muerte me digo, un silencio vivo.

La última noche

¿sí se acaba todo?, un día cierras los ojos y ya, ¿es lo mismo para todos?

Sabía que estaría aquí, justo este día, aquí porque éste es mi lugar, el nuestro, el de todos.

Vine a estudiar hace años, muchos años; entonces no tenía idea de que me quedaría, de hecho no fui cuadro de honor, era más bien regular, aunque hay quienes se sorprenden de que haya terminado mis estudios.

Me gustó mucho mi escuela, mi universidad; no habría podido estudiar en otro lado, así es el mundo, a unos nos da y a otros nos quita.

La vida está en estos pasillos, en las aulas, en la biblioteca, en el comedor, en los dormitorios; uno la encuentra a cada paso, la respira, la huele al instante, sólo basta detenerse un minuto, esperar un momento y ver... mírala, ahí está, brota por todos lados y nos hace vibrar.

Aquí aprendí todo, y no me refiero a las diferenciales, a los algoritmos, a los genes, al uso del agua; me refiero a dar pasos: vivir.

Aquí se formó mi conciencia, creo que soy el que soy porque un día se abrió una ventana y pude ver con mis ojos, me parece que la conciencia es eso, ver con ojos propios.

En estos pasillos pude ver al fin, y así fui siempre, no sé cómo es eso de crecer, es decir hacerse grande; mi conciencia fue la misma, desde esos días: mis valores, mis juicios, mis pasiones, son los que se forjaron aquí.

Siempre vi el mundo con estos ojos, los que se asombraron cuando llegué por primera vez.

Conocí el amor en estas aulas y me conoció a mí, me tocó apenas pero dejó una marca que no se borró nunca, aún conservo su aroma, su sonrisa y sus ojos, en esta memoria que se va poco a poco.

Me gustó dar clases, me sentía feliz, fue uno de mis grandes deseos y se hizo realidad; entre mis alumnos me sentía como pez en el agua, ellos fueron lo más importante.

De alguna manera tenía presente mis años de alumno: algunas sesiones mortales, maestros deficientes, protervos; clases insulsas. Yo no quería ser así.

Me parecía infame la actitud de esos maestros que creen que su materia es la más importante, que aquellos alumnos que no aprendían en su clase no sólo debían reprobar, sino dejar de existir.

Me daban pena los que se tomaban muy en serio su papel y con el dedo flamígero decidían qué alumno debía terminar sus estudios y cuál estaba condenado a irse, pues alguien tiene que recoger la basura, hacer los trabajos manuales, el trabajo sucio.

El maestro que se cree dios, con el poder de hacer una buena persona de su alumno si se alinea y destruir al que no; el exceso de arrogancia: si el estudiante es bueno es mi alumno, si no, ni lo conozco.

Todos me enseñaron mucho.

Tuve amigos, si algo vale la pena en el mundo es la amistad, tomar un café y estar horas y horas hablando de cualquier cosa, ni siquiera lo trascendental, sólo la compañía.

Tomar un trago y confesar que nos sentimos hasta el fondo, cansados, heridos, deshechos.

El mundo es diferente cuando tienes una mano, un abrazo, un minuto de silencio junto al tuyo; así porque alguien, después de todo, te acompaña.

No existe otra cosa, ni el amor, ni el éxito, ni la virtud: sólo la amistad.

No obstante, estamos solos, vamos por el mundo como estrellas fugaces, nuestra luz se acaba, más pronto de lo que pensamos.

Así lo vi un día, frente a mi alcornoque, un árbol que adopté como mío; está frente a la dirección, no sé cuántos años tenía cuando lo sentí mío, pero muchos, su tronco se había ido ladeando poco a poco, después le pusieron un apoyo: un tronco de fresno lo apuntalaba.

Así soy yo, tuve un apoyo fuerte, estuve sostenido por mi escuela, cada día, cada minuto. Nunca me cansé de recorrer sus pasillos, sus aulas, sus jardines.

Conocí cada planta, cada cambio, cada ave que anidaba en sus árboles; las flores de durazno, las primeras del tiempo, las jacarandas altas, antiguas, como postales del siglo pasado cuando fui niño, los rosales y agapandos.

La biblioteca, poco a poco me fui alejando, ya no era mía, sólo dejé de ir, un día te das cuenta que ya no hay tiempo de buscar, sólo nos queda vivir, respirar hondo y tragarnos el mundo con los ojos.

La fuente, frente a rectoría, cuántos días me senté a observarla, cuántos cumpleaños sin estar dentro: muchos.

El paternón recuperado, la sala de consejo, nadie recuerda cuando las sesiones se hacían en la parte alta de la recto-

ría; a vuelo de pájaro, en la fatiga, contemplábamos la explanada, la fuente, las dos mujeres eternas con el busto de fuera.

La Capilla Riverina, aquí vine esos primeros días, cuando recién entré a la escuela, a mis quince años, era un niño, mis ojos siguieron viendo el mundo de la misma manera, lo tengo presente.

A pocos meses lo vi con claridad, aquí tuvimos el cuerpo de Salvador, camarada y amigo, de nuestros maestros fallecidos en el cumplimiento de su deber. Aquí les dimos su último adiós.

Entonces pensé que yo debía estar en su lugar, pero creo que la vida nos tiene preparadas sorpresas.

Aquí estaré algún día, me dije, y cumplí.

Esta capilla está pintada al fresco de cabo a rabo, hace más de cien años Diego Rivera inmortalizó en los muros a Tina Modotti, Lupe Marín y otras modelos.

En la parte baja, del lado izquierdo de la entrada, cuadro por cuadro la revolución, el propagandista, obrero, y el campesino se sublevan, triunfa la revolución.

En la parte derecha Otilio Montaña y Zapata fertilizan con sus cuerpos sacrificados la tierra, más allá la fuerza de la naturaleza, las entrañas de la tierra y la mujer hermosa, fértil.

En medio, arriba, el país en cuerpo de mujer vejado y sometido por el clero, el ejército y los ricos.

¿Acaso ha cambiado algo?, dónde quedó el enseñar la explotación de la tierra, no la del hombre.

Al fondo donde alguna vez estuvo un altar ahora se ve la tierra recuperada para sí misma, Prometeo sale con el fuego en la mano.

Lupe Rivera, cachetona, hace las veces de querubín, sopla y el viento va.

La última noche

El mundo en equilibrio, la técnica al servicio de la patria,
del mundo.

Dicen que fui director, que fui rector, que hice cosas;
pero nada es cierto, sólo viví.

Esta raza es la misma, también tendrá la voz del espíritu.

Está es mi última noche, mi último adiós, hay tristeza; no
lloren por mí, en verdad os digo: fui feliz.

La vida es extraña, pero la muerte, créanmelo, es la mis-
ma para todos.

El tren es frío

Emigdia, la noche está pasando; estos ojos no se han cerrado, bueno, los tengo cerrados, pero no hay sueño, sólo este cansancio que me viene de siempre.

Tacat tacot, tacat tacot, así suenan las ruedas metálicas cada que se unen los rieles, y un ligero salto del vagón; vamos avanzando por horas, por muchas horas, Emigdia, muchas horas.

Creo que tienes razón, siempre tienes razón, uno persigue un sueño toda la noche, va por todos los rincones, cree que está a punto de alcanzarlo hasta que despierta y uno sigue ahí, Emigdia, soñando.

Este tren va lleno de sueños, subimos por la mañana, y ya han pasado tres mañanas, debiste haberlos visto, todos animosos, con sonrisas y alegría.

El día era hermoso, todas las mañanas lo son, el día se descompone poco a poco, y cuando nos damos cuenta ya está arruinado.

Después de tres días todo es un desastre, hemos parado, sí, veinte, treinta minutos en estaciones polvorientas, pero no tenemos a dónde ir, ningún lugar para recostarse, no hay

un chorro de agua para lavar las heridas. Y esta barba rala que siempre te hizo reír, ya no aparecía desde hace tiempo y ahora mírala, mi mano la toca como en esos días.

Recuerdas, Emigdia, cuando entramos a la prepa, entonces todo el futuro era nuestro, yo quería ser abogado y tú ibas a pedagogía, nos sentábamos en las jardineras, el sol calentaba la piel y al alma.

¿Qué pasó?: seguimos soñando.

Siempre me gustaron tus labios, tus ojos amielados, tus cabellos rizados; cuando te ponías pantalones de mezclilla con zapatillas tenías un aire de no sé qué, que ¡cómo no!

Mira lo que son las cosas, sentados ahí, entre los otros, éramos uno, con nuestras mochilas llenas de cuadernos y libros. Para qué leer tanto, Emigdia, si al cabo el amor se acaba.

Dónde se cruzaron nuestras miradas; en qué momento la piel de mi brazo se erizó junto al tuyo, sentados al sol; cuándo me abriste las puertas de tu corazón; cuándo entré para no salir jamás.

Después dejamos de ir a clase, sólo nos quedábamos ahí, el sol era nuestro, y el mundo, y nosotros nos teníamos el uno al otro.

Cierro los ojos, Emigdia, la tarde ha caído, el tren sigue su curso, he visto de todo en este viaje: montañas, bosques, desiertos... la vida yéndose despacio.

Hay cinco, seis niños en este vagón, a veces duermen, otras se ponen a jugar; pero el fastidio es tormentoso, la desesperación los atrapa y su llanto, Emigdia, es un llanto sin consuelo, de aquél que sabe que ya no hay remedio; entonces siento un dolorcito aquí, en medio del estómago y ese nudo en la garganta que sólo se disuelve con una lágrima.

Vamos en un vagón viejo, sus asientos altos, reclinables, son un recuerdo lejano, ahora son rígidos; las ventani-

llas están selladas, se abren dos o tres, el calor de medio día es insoportable.

Este vagón es un infierno. Salgo a tomar aire. En los extremos del vagón hay una terraza, sólo se escuchan los golpes de las llantas con los bordes de los rieles: tacat tacot, tacat tacot... una y otra vez; pero no hay aire, no el que uno espera, este aire es seco, delgado, frágil; respiras, pero no sientes alivio.

Por qué quiero llorar, Emigdia, por qué en esta hora, por qué me he sentado en esta lámina y no quiero ver más el horizonte, por qué cierro los ojos, a dónde voy si después de tanto uno no tiene nada, sólo sus propias manos, y los recuerdos, que nos siguen a todas partes.

¿Alguna vez fuimos al cine?, si acaso una o dos veces, el cine estaba lejos, pero nosotros no queríamos otra cosa más que vernos.

Todo fue en la escuela, Emigdia, todo pasó ahí; bueno casi todo, ahí nos conocimos, ahí nuestras manos se pusieron palma con palma; ahí se abrieron nuestros labios y nos besamos por primera vez.

La tarde es un remanso, el sol se pone, rojo, herido, se irá de un momento a otro, el aire sigue caliente, son las últimas bocanadas de sol.

En medio de la noche, este monstruo infinito de metal se detendrá unos minutos, en alguna estación apenas pintada en un mapa y subirán a vendernos burritas, café, pan; el último alimento, después hay que cerrar los oídos, hay que cerrar los ojos para dormir un rato, unos minutos apenas.

¿Cuánto tiempo ha pasado, Emigdia, cuántas horas, cuántos días?, sólo sé que voy en medio de la noche, el cielo jamás ha estado tan estrellado como éste.

Nunca, ni esa noche, la nuestra, el inicio de todo, el principio del fin.

Tus pezones eran de miel, de leche con cajeta, como el cielo estrellado, luz y sombra; tus hombros, Emigdia, tu espalda. En qué momento se acaba todo, donde está el fin del mundo, algún día no habrá más cielo, algún día no habrá más nada; algún día Emigdia, el último, me duele saberlo, se irá tu piel de mis manos, tu olor de mis dedos.

¡Maldita sea, como 'jueputa vamos por el mundo ciegos y sordos!

Quise morir, más de una vez quise morir, lo juro.

De pronto se detiene el tren, en medio de la noche, en ninguna parte, salgo del vagón, un guardagujas trae en la mano una lámpara de aceite de esas que cuelgan y lo iluminan todo; otra vez por aquí, me dice, y sigue su camino; esperaremos diez, veinte minutos, viene un tren carguero en sentido contrario.

Otra vez por aquí, me digo, otra vez y soy el mismo.

¿Por qué mi mente recorre las jardineras, los pasillos de la prepa, los salones, las escaleras, el laboratorio de física, el matraz balón, qué tiene el matraz balón?

Así éramos, como un cuaderno nuevo sin forro en la mochila.

Ahí, Emigdia... ahí me dijiste que estabas embarazada. Me hundi en el cemento, me hice pequeño, qué putas puedo hacer.

Me quedé sentado como ahora en este tren, en medio del murmullo, sin oír nada, la vista en el suelo y este temblor que no se ha ido.

¿Por qué, Emigdia, por qué nosotros, por qué si todo es tan sencillo, como comprar una aspirina?

¿Acaso sabíamos qué es un condón?, lo habíamos visto, jugamos con él como un globo en medio del auditorio de la escuela, antes de que empezara el documental.

Pero la verdad es está: no sabíamos nada...

¿Por eso pensé en el norte?

¿Por qué es más fácil irse, por qué es más fácil dejarlo todo, abandonarse al mundo?

Qué lejos se ha quedado el norte, Emigdia, que lejos se va quedando. El destino es cruel, si nos abandonamos.

Uno se deslumbra, el dólar en la bolsa te hace otro, puedes salir y comprar un auto, Emigdia, como quien compra una bicicleta con sus domingos de meses.

Compras una cerveza para cada día de la semana y te las tomas en una hora, compras una cerveza para cada día del mes y te las tomas en un día, compras una cerveza para cada día del año y te la tomas en una semana, uno quiere tomarse todo ya, en ese momento.

Basta un día para perderlo todo, Emigdia, un día sin ganas de levantarse, un día en el abandono lejos de nosotros mismos y no volveremos.

Es tan fácil hundirse, Emigdia, es tan fácil.

El tren se pone en marcha, un silbato a lo lejos avisa, los vagones se jalonean, golpean unos con otros, el temblor se mete en nuestros huesos.

Poco a poco me voy acercando a ti.

Por qué le pusiste mi nombre, Emigdia, si no me llamo Roberto, Jesús, Mariano. Aunque tengo que decir que me hizo feliz Nabora.

Quise volver, desde el primer día quise volver. Pero no así, Emigdia, no así, el auto quedó hecho pedazos, cargar tres muertos en la espalda es duro, uno no puede ir a ninguna parte.

Tenía dieciocho años y estaba solo como ahora, pero me sentía más solo.

El tiempo cambia, Emigdia, soy otro: deja pasar al señor. Dice la madre atenta y los niños se me quedan viendo, ¿así me habría visto Nabora?

Me siento, el tren no se cansa, nada se detiene, sólo yo.
El miedo, la soledad, la tristeza, me dejaron paralizado.

Pero tú no, Emigdia, la harina con que esculpieron tus
manos era otra, de otro costal sacaron las esencias de tu
corazón.

Y a mí me hicieron de tierra.

Fuiste a la universidad mientras yo tomaba una *bod-
guaiser*, mientras estaba tras las rejas de otra lengua.

Vuelvo a ver la carta, Emigdia, la única carta que me ha
escrito Nabora: Mamá está enferma, quiere verte antes de
morir.

No somos nada. Me tomé la última cerveza roja y lloré,
toda la noche, me despertó el sol de medio día, la sal se ha-
bía quedado en las arrugas.

¿Dónde me perdí?, Emigdia, ¿a dónde voy?

No hay salida, nadie sale vivo de aquí, sólo existe este
vagón que me lleva en medio de la noche, tacat tacot, tacat
tacot.

Cierra los ojos como yo, Emigdia, la oscuridad está en
todas partes, sólo nos falta el silencio.

Índice

Mis dedos te extrañan	11
Hasta morir	21
Toda el agua	25
El agente internacional	33
No hay sol	39
Se sienta solo en el salón	45
Mamalenchá de maíz	51
El perro negro	63
Un muerto en el fútbol	83
El Gumaro	93
David	103
Cierro los ojos, me voy	109
Alguien te busca en el espejo	115
Dulce Carolina	121
La última noche	125
El tren es frío	131

Cerrar los ojos es irse un poco, acercarse a la última morada; estas páginas nos presentan finales sencillos, el último aliento de seres cercanos, de amigos, de compañeros, de vecinos.

Nada más natural que la muerte o quizá la sed, el hambre, el miedo, el dolor: la vida misma.

A fin de cuentas no sabemos bien a bien a dónde vamos, vivimos para contarla hasta que alguien apaga la luz para siempre.

Estos textos reúnen un pedazo de vida, tal vez el último suspiro, pero aunque nos quede una hora, vida tenemos.

¿Qué somos después de cerrar los ojos?, ¿a dónde va el que estaba en nuestro cuerpo?: nadie lo sabe, pero sin duda seguimos siendo recuerdo.

Moriremos, es claro, cuando llegue el olvido.